

n^{la} noria



No. 16 SANTIAGO DE CUBA 2019

Y mañana, como un asno de noria,
el retorno canalla y sombrío,
doblar la cabeza y escribir:
Al juzgado,
con los ojos aún llenos de lumbres,
sobre un mar amatista encantados.

REGINO E. BOTI



la Noria

Revista Literaria semestral no. 16
Centro Provincial del Libro y la Literatura
Santiago de Cuba, 2019
Coauspiciada por la
Asociación Hermanos Saíz

José Ramón Sánchez (Edición)
Oscar Cruz (Edición)
Gabriel Cascante (Diseño)
Gustavo Wojciechowski (Logo)
Javier L. Mora (Corrección)

Consejo editorial:
Reina María Rodríguez
Reyna Gretchen Menéndez Rivas
Jamila Medina Ríos
Ángel Pérez

Encuadernación:
Equipo de Ediciones Santiago

Redacción:
Centro de Promoción Literaria “José Soler Puig”
Enramadas # 356 e/ Carnicería y San Félix
Santiago de Cuba
Teléfono: [53] (22) 62 5907
Correos electrónicos:
oscaroilan@gmail.com
marabuzalo3@gmail.com

ISSN: 2077-8422

J.L. Serrano	2
Ángel Pérez	6
Idiel García Romero	11
Carlos A. Aguilera	14
Marcelo Ariel / Manuel Barrós	33
Alberto Garrido	38
Legna Rodríguez	42
Gelsys María García Lorenzo	47
Julio Jiménez	51
Índice general de la revista La Noria (n.ºs 0-15)	56

J.L. Serrano
(Estancia Lejos, 1971)

La totalidad de los hechos

III

La realidad de pronto se desborda por un hecho excesivo. Intervenciones más o menos quirúrgicas. Cordones de soldadura. Achicamientos. Sordas perplejidades. Silenciosa danza de los brazos robóticos en torno a una palabra anestesiada. El porno como doctrina sustituta. Cansa el espectáculo, pero entretiene. Esta metamorfosis nos conviene. Entre Dios y Luzbel hay una cáscara de plátano. La interminable murga es un laxante cultural que purga los dolores. Debajo de la máscara [...]

IV

[...] hay otra máscara. El significado no existe. Meaning-Making. Es mentira lo que dice la pelvis de Shakira. Hay un solo disparo y lo has fallado. Una cámara filma los reflejos y no suceden pájaros. No pasa un maldito quetzal sobre la casa. Estamos lúcidos. Estamos viejos. Empecinados en cualquier asunto. Nunca sabremos bien hasta qué punto aman quienes nos aman. ¿Dónde empieza la ceremonia? Dime, dime, dime. ¿Haber sufrido un poco nos exime? ¿Qué virtudes sacar de la flaqueza?

V

Después de renunciar a las ventajas del mito elaboramos el recurso de la abstracción. Hacemos un discurso para solicitar una migajas. Allanamientos con el nombre en clave de Operación Stalker. Cortafuegos. ¿Andréi Rubliov o Teófanos el Griego? La muchacha del trípode no sabe que detrás del discurso hay una hambruna de belleza. No entiende que en alguna instancia de la atmósfera ha surgido un nuevo centro de presión. Latentes bajo la tierra estaban los nutrientes. Las cápsulas de uranio empobrecido.

VI

Un oasis en medio del infierno. Murguistas en mitad de la escalera. Un territorio donde en primavera es primavera y en invierno, invierno. Estamos hartos de las epopeyas y de los consabidos crisantemos. Mezquindades calcáreas. Romperemos la piñata del cielo y habrá estrellas para todos. Cadáveres en marcha. Monstruos acostumbrados a la escarcha intemporal de lo definitivo. Autoliquidaciones. Larvitrampas. Exceso de presión en las estampas. Falsos cognados. Falsos positivos.

VII

El conductismo nos estereotipa.
 Si aparece un revólver en el cuento
 debe ser disparado en el momento
 que Murphy con sus leyes anticipa.
 Los crímenes ocurren en las ruinas
 de una fábrica. Crisis de sentido
 que se desplaza por lo conocido.
 Robas porque otros roban. Asesinas
 porque otros asesinan. Jugarretas
 para tocar los muslos o las tetas
 de la fugacidad. ¿Las leyes lógicas
 son el sustrato de la vida? Ensamblas
 el muro que conoces con la Rambla
 que adivinas de forma paradójica.

IX

Entre las aspas de los extractores.
 En el extinto campo socialista.
 Gusanos en la sopa del artista.
 Dislocación de los espectadores.
 La posmodernidad y sus reclusos.
 Agrias emanaciones corporales
 enrarecen el aire. Los triviales
 funcionarios de Chéjov. Los obtusos
 funcionarios de Kafka. Emancipados
 de los sujetos y los predicados
 buscamos la verdad. Cervezas negras
 en el Mercado Agrícola. Ajetreo
 en las entrañas de Montevideo.
 La Línea Maginot. Cervezas negras.

X

Bruscas desviaciones de la norma.
 Pausas extrañas en la turbulencia.
 ¿Qué esperabas, Elisa? Es la violencia
 de los hechos que buscan una forma.
 El recuerdo nos hace vulnerables,
 capaces de sufrir. Es la falacia
 del dictado automático. Acrobacias
 que realizan las mentes saludables.
 Hay algo irregular en todo esto.
 Nos quedamos sin ojo de repuesto.
 Huérfanos del futuro y el pasado.
 Perdimos a Desdémona y Ofelia.
 La numismática. La filatelia.
 Desactivados. Insonorizados.

XI

Hay quienes sus parásitos despachan
 con estrategias medicamentosas.
 Es preferible entrar con Johny Sosa
 a la taberna donde se emborrachan
 los camioneros brasileños. Pacto
 Mólotov-Ribbentrop. Fecundaciones
 que prefiguran descomposiciones.
 Doppelgänger. Cervezas ipso facto.
 Hay quienes entran al infierno solo
 por el simple placer del protocolo.
 Be careful con los roles que interpretas.
 Desde el distanciamiento y el alivio,
 vemos entrar lisiados al convivio.
 Fórceps. Metamorfosis incompletas.

XII

Éxitos negativos. Picaresca del antihéroe. Códigos vaciados de las cadenas de significados que les otorga la cultura. Crezca la voz rajada del payaso. Viva la dentadura del ministro. Amaos los unos a los otros sobre el caos y las actividades subversivas del Anticristo. Mórbida contienda. El que esté en la azotea no descienda para buscar un telescopio, un mapa. Cualquier desviación, cualquier detalle, podría hundirnos. El que esté en la calle no vuelva atrás para tomar su capa.

XIII

Desconocemos el placer que el médico experimenta cuando diagnostica un bello carcinoma. Significa que utilizamos moldes ortopédicos de calificación. Hotel Vedado. Habitación 635. Un salmo musitado con ahínco. Unos proverbios mal interpretados. ¿Seguir las líneas de tensión? ¿Las líneas del apetito? Huestes apolíneas situadas en la zona de ruptura. Un cadáver absurdo se convierte en un cadáver lógico. La muerte es una inexplicable levadura.

XIV

Hay un túnel con muchas divisiones de cartón. Estructuras obstruidas por el lenguaje. Fuertes embestidas de la belleza. Recombinaciones de la sombra y la luz. Hay un llamado que escuchas o no escuchas. Hay un pozo lleno de piedras. Hay un gas nervioso y un agente naranja. Hay un estrado. Hay un arcángel. Hay un basilisco. Una púa chirriante sobre el disco. Demonios emboscados tras la puerta. Cadáveres que emergen del subsuelo. La prosa volvió en sí con Maquiavelo. Explicaciones a una liebre muerta.

XXI

Vagamente marxistas. Vagamente apocalípticos. Intervenidos por la belleza. Sobreprotegidos. Ahogados en el agua del presente. Normalidad en cucharadas rasas. Fragmentos de belleza estipulados por la devastación. Entresacados y vueltos a poner entre las brasas. Estatuas y obeliscos sumergibles. ¿Y qué pasó después? Inaccesibles héroes del rock and roll. Poder autónomo que autoriza las restas y las sumas. El espectáculo global. La espuma de la cerveza. El pulso del metrónomo.

XXXI

Mi autoridad emana de vosotros.
 Himnos largados a los cuatro vientos.
 Desacreditaciones. Nombramientos.
 Los mártires escapan en sus potros
 de mármol. El sistema se corrompe.
 La posmodernidad y sus desmanes.
 Nueve de cada diez orangutanes
 van a morir. El hilo, crac, se rompe.
 Los perros del ayer. Píndaro y Safo.
 Cervezas negras en el batiscafo
 de Gastón Malespina. Mariguana.
 De espaldas al dolor de su belleza
 aparecen los himnos y ella cesa
 ante vuestra presencia soberana.

XXXV

Lo que es redondo atrae la caricia.
 Un animal sagrado busca albergue.
 Una bestia innombrable que se yergue
 en todo el esplendor de su avaricia.
 Eso es mentira, Klaus. Rastafaris
 que fuman en exceso. Fuego extraño.
 Huestes regidas por el desengaño.
 Cosmonautas que escapan de Solaris.
 ¿Tendremos que pagar el sobrepeso?
 ¿Alguien sabe en qué parte del proceso
 nos encontramos? Suena la campana
 y el perro salta. Servilismo astuto
 de quienes pagarán el peso bruto
 del miedo. Pensamientos en La Habana.

XXXVI

Envejecidos entre aniversarios,
 protocolos, banquetes y homenajes,
 triturados por los aprendizajes,
 salen del juego los octogenarios.
 Un elemento opaco, mortecino,
 enmascara sus rostros. Una venda
 para que la verdad se sobrentienda.
 ¿Comerse pasos lógicos, ladino?
 Entrás al baile. La belleza exhibe
 sus instrumentos de tortura. Vive
 el instante. Disfruta la entropía.
 Las condiciones ideales pasan.
 Los mecanismos del placer fracasan.
 ¿Estamos en el baile todavía?

Colapso de la estética euclidiana

LECTURAS DE LA *TRILOGÍA ACÉFALA* DE J.L. SERRANO

1.

Como en el *jazz*, en la “Trilogía Acéfala” tenemos una expresión que renuncia a cualquier estado de pureza sonora y destaca la autonomía de la frase melódica. Una ejecución que, aunque respeta y se subordina a determinados esquemas armónicos, busca una libertad de movimientos y variaciones en los que importa poco el origen textual de este verso o aquella frase. En el poema “Coágulos de belleza”, perteneciente a *Los perros de Amundsen*, J.L. Serrano declara —en un instante de autoconciencia— la naturaleza de su gesto creativo:

Combinatorias. Encadenamientos.
Un cúmulo de formas discursivas.
Una interpretación que desvincula
la causa del efecto y manipula
al objeto desde otras perspectivas.
Montaje de fisuras (p. 28).

El criterio constructivo de Serrano tiende a generar una escritura en la que se trastocan la cadena semántica y la ilación de las referencias. El plano de la expresión es un pastiche —en la definición que Fredric Jameson otorga al término—, movido por una intencional subversión de la lógica comunicativa, lo que se traduce en un continuo quiebre de la causalidad del sentido. Los poemas se edifican por medio de una superposición o acumulación de unidades de significados —versos, frases, sintagmas, oraciones...— de una fuerte autonomía, de ahí que, durante la lectura, tropezamos con citas, alusiones, interferencias textuales, apropiaciones...

responsables del desmenuzamiento de la expectativa semántica. Sin embargo, las mismas entretejen un discurso vertical debido a la voluntad aglutinadora del poema como “unidad en sí mismo”. Se consigue así una “textura infinitamente porosa”, de la que emerge una tensión entre la aparente independencia de cada uno de esos segmentos y su interrelación en la producción del discurso global. De ese modo, los poemas proyectan un exterior autosuficiente (plano de la expresión) que encubre un interior autónomo (la parábola descrita por el discurso). Y de esa práctica emerge una experiencia que junta lo social con lo personal, lo universal con lo local, lo culto con lo popular..., en una amalgama proteica, que reta al lector y lo involucra en un notable ejercicio literario. Pongamos un ejemplo tomado también de “Coágulos de belleza”:

¿Una felicidad que se reinstala
como una aplicación? ¿Una vejiga
que la cerveza del infierno irriga?
¿Un joven alpinista que resbala?
Efectos secundarios de la herencia.
Locos en el estrecho de McMurdo.
Problemas reducidos al absurdo.
¿Estamos o no estamos en frecuencia?
A estas cuatro baldosas donde estampo
mis alpargatas llamaremos campo
literario. Las Coplas de Manrique
comparadas con Góngora... No empieces.
Busca otro género de estupideces.
Algún Pearl Harbor que nos justifique. (p. 41)

Estamos ante una sensibilidad sustentada en un pensamiento inclusivo en materia verbal y ética que, de forma excéntrica, tiende a incorporar el mundo por medio de un *fluir lingüístico* en el que se entretejen las más desemejantes variaciones referenciales. Ese flujo de piezas sintácticamente cerradas, engendra una “obliteración continua del discurso”: el poema se manifiesta como la acumulación de varios retazos de significación en la que no parece orbitar una unidad temática, escamoteada por la sobrecarga de información. Y aclaro, la sintaxis tampoco es un problema: constituye otro elemento ordenador que acaba derrocado por el carácter entrópico con que se trabaja la escritura. Debemos reparar en que esas partículas que Serrano junta, tienen en el soneto una justificación de orden, una estructura *per se* que contribuye a la racionalización del discurso.¹ En la “Trilogía Acéfala” se produce la apoteosis del intertexto como encadenamiento de significantes dispersos, ofrecidos en una catarata verbal que se vale de la ironía como herramienta integradora. *Los perros de Amundsen*, libro que cierra la trilogía, describe el pulso de su época: “El homo ludens vence al homo faber.” (p. 65). Y el poema termina siendo una auténtica zona de confluencias.

En esa propensión al desbordamiento y la articulación de enunciados autónomos, tiene lugar una tensión entre delimitar o inducir un sentido. De tal forma, sin la versificación ser altamente retórica, se consume una escritura donde —a pesar de la acentuación notable del plano expresivo— el protagonismo absoluto recae en el plano del contenido, en la necesidad del poema de producir significados.²

2.

En *Los perros de Amundsen*, la palabra anhela enfundar una meditación sobre la fragilidad del sujeto y su inevitable exposición/modelación por las ideologías, tanto como el aborto de cualquier

proyecto existencial (no importa su naturaleza). Ya la primera sección, denominada nada menos que “Constructos”, abre del siguiente modo:

Albert Einstein kaputt. Últimas jarras
de cerveza en el bar. Último round.
Últimas logomaquias de Ezra Pound.
Ser libre es disfrutar nuestras amarras.

Verdades más o menos adventicias
con que ingeniamos la terrible mezcla.
Que un himno (que una danza) se establezca
sobre los restos de la noche. Albricias.

Multitudes movidas por la lógica
del carnaval. Pedante, pedagógica,
inflexibilidad. Hay inyecciones

que nos absuelven del dolor. Hay óbolos
que nos hacen felices. Los discóbolos
tensan ante las gradas sus tendones. (p. 9)

Si “Albert Einstein” basta para consumir una parábola del trayecto histórico del siglo xx y de las dominantes culturales de dicho período, “Albert Einstein kaputt” resuena como una lúdica sentencia que remite no solo a la inoperatividad de una concepción del mundo —las aspiraciones iluministas de la modernidad—, sino también, y en relación con lo anterior, a la frustración de una comprensión científicista de la realidad. En ese sintagma se conjugan la pérdida de la jerarquía del saber y la racionalidad, en tanto signos distintivos de nuestro tiempo; subrayado por los versos que le siguen, cuando insisten, a su manera, en la idea del fin. Pero es el verso con que cierra esa estrofa el que trastoca y (re)direcciona el sentido: “Ser libre es disfrutar nuestras amarras”. En esa paradoja se emplaza un aspecto esencial para el presente: la ilusión de felicidad generada por la sociedad

posindustrial, en la que somos abiertamente modelados por una confluencia de ideologías que, incluso, nos hace creer que vivimos emancipados de todo sojuzgamiento.³ Pero qué más pueden ser aquí nuestras amarras sino la ideología; cuando los versos posteriores apuntan, por ejemplo, “Multitudes movidas por la lógica/ del carnaval.” o “Hay inyecciones// que nos absuelven del dolor”, tenemos una evocación al control del sujeto por medio de tramas de discursos dirigidas a que escapemos del horror de lo real. Aunque, también, en un sentido más fenomenológico, el sujeto lírico podría solo estar acusando la falta de gravedad con que las personas experimentan sus vidas o el modo banal en que justifican su existencia; o sea, la indiferencia con que la masa “pedante, pedagógica”, se deja llevar y opta por los “óbolos que nos hacen felices” sin que importen siglos de Historia humana.

Ya en ese poema convergen las inquietudes que recorren *Los perros de Amundsen*, y que corresponden a la trilogía toda. Como puede apreciarse, Serrano jamás apunta un tópico concreto en la superficie de los versos. Lejos de descripciones temáticas delimitadas, esta pieza despliega una serie de motivos hasta producir una potente elocución significativa. Asimismo, en *Geometría de Lobachevski* se formaliza una geografía donde es apreciable la jactancia contemporánea del poder y la desestabilización del sujeto:

Vivir es un absurdo simulacro.
 Hay que jugar igual que juega un niño
 con la pistola de su padre. El guiño
 de Satanás en el instante sacro.
 Eres una excepción. Un subproducto.
 Una entidad de indefinibles costes.
 Somos un papalote entre los postes
 del alumbrado público. Un reducto
 de forajidos que cayó en la trampa
 de la desilusión. El diablo acampa

en torno a lo vernáculo y lo endémico.
 Nos quieren imponer una cantata
 de oscuras consecuencias. ¿La patata
 en el fondo del saco? Es muy polémico.
 (“Otra cerveza, por favor”, p. 40).

Este segmento es ilustrativo de la resignación y el pesimismo con que el yo que habla en la trilogía se refiere a la derrota de la utopía unificante y a la experiencia del sujeto contemporáneo, a quien ve como un ser condenado al fracaso en medio de una sociedad donde el poder no tiene escrúpulos. El carácter del sujeto lírico de los tres cuadernos —una misma voz que se reconoce a veces en un “nosotros” inclusivo y a veces le habla a un “tú” indetermiado— guarda relación con algunos postulados existencialistas, sobre todo, al discursar sobre la realidad con una marcada indiferencia, o escepticismo; al asumir la existencia como un absurdo injustificable; divisar el sujeto como una nada incapaz de concientizar el proyecto de su existencia. Razón suficiente para abogar por un particular sensualismo visible allí, donde su visión del mundo se revela marcada por la ironía, que le sirve, desde luego, como operatoria intelectual para llegar al placer. Este hablante es un sujeto cínico que al poner en paralaje al individuo y la sociedad no tiene reparos en señalar la vida como una farsa en que debemos representar o asumir roles dictados por instancias que nos superan.

Detrás de la escritura de Serrano se revela la inestabilidad de la idea de Dios como cohesión de un mundo de valores. Las innumerables referencias a Dios y al carnaval vienen a constatar la visión trágica del hablante poético. No existe la trascendencia como no existen ideales fijos. Esto se conecta con la ausencia de actividad, de acción, de toma de partido, a que se ve expuesto el ser contemporáneo y que el sujeto lírico de Serrano acusa. Tomemos ahora un fragmento del extenso poema recogido en

la sección “Una cabeza de caballo”, de *Más allá de Nietzsche y de Marx*, para entrelazar algunas ideas con lo antes dicho:

¿Cómo escapar del círculo? ¿Alguien pudo
vencer el desencanto, la fatiga
que minuto a minuto nos obliga
a penetrar en el enorme embudo?
¿Habrá que destruir cuántas certezas
para entender de golpe que lo hermoso
es una construcción, un defectuoso
mecanismo, un vulgar rompecabezas?
Los toros entran al corral. Las pícaras
hetairas se aproximan con sus jícaras
repletas de licor. Bajo la blusa
de la gran meretriz (puñales sádicos)
unos pezones duros y esporádicos.
¿Cómo escaparnos por la hipotenusa? (p. 59)

La mirada que sobre lo social tenemos aquí está atravesada por un reconocimiento de la imposición de un estado de cosas al sujeto. Algún reclamo se colige a ese obligado plegarse a una noción concebida por alguien que nos trasciende. Es esta una actitud que interroga sobre las ideologías o las fórmulas que nos injertan en la realidad; un llamado de atención sobre la inevitabilidad de la máscara. Este yo dibujado en los versos se halla en un estado de horror, pues se reconoce impuesto a un devenir socialmente construido del que no puede escapar. Lo cual lo conduce a acusar en los demás, e incluso en sí mismo, una temible apatía frente a ese espectáculo político-cívico en que ha desembocado la sociedad actual. *Los perros de Amundsen* es solo el clímax de esta trayectoria.

3.

Desde su primer título *Bufón de Dios* (1997) — en el que era privilegiada la décima con una que otra disidencia de por medio—, Serrano ha estado

edificando un cuerpo poemático en el que el sentido llega a partir de una intencional dispersión intertextual. La organicidad que esa “dispersión intertextual” alcanza en la “Trilogía Acéfala” un ni-vel de elaboración estética y un calado gnoseológico que sitúan al poeta en un momento de definitiva madurez. La diferencia cualitativa entre sus primeros libros y los últimos deja entrever un arduo laboreo con la escritura.

En *Los perros de Amundsen* cuaja ese elemento central del proceder escritural de Serrano: una carnavalización que pone en crisis el eje discursivo del poema a favor de una sintaxis en la que dialogan las más disimiles capas intertextuales, lo que es responsable del carácter polifónico que identifica a la poesía de este creador: una auténtica “cámara de ecos”. En el paisaje ofrecido en estos cuadernos presenciamos un empleo de la escritura como modo de entrar en la realidad, un cúmulo de artilugios que hacen confluír imágenes e ideas de la que emerge un mapa del ser y del mundo.

J.L. Serrano destaca en el escenario literario cubano contemporáneo por la coherencia con que ha alimentado un imaginario personal; por el modo en que ha modelado sus inquietudes, obsesiones y horizontes temáticos sin traicionar una particular concepción física y axiológica de la creación poética. De sus primeros libros, recogidos, en 2012, en una antología titulada sugestivamente *Tráfico de influencias*, a *Los perros de Amundsen*, cuaderno con el que cierra su “Trilogía Acéfala”, este poeta ha ido perfilando más su sistema expresivo, de modo que hoy se atisba una poética plena de capacidades.

Notas

¹ La operatoria desplegada por Serrano revaloriza el engranaje versificador del soneto al manipular su arquitectura estrófica y rítmica a favor de la dinamización de la carga semántica del lenguaje. Dado que cuanto le interesa es batallar con el contenido,

el soneto deviene una composición versal alienante que, como diría Umberto Eco, “mantiene en ejercicio el contenido, esto es, mantiene en ejercicio el pensamiento, porque se trata de decir algo aceptable, aun cuando lo digo para cumplir una limitación puramente expresiva”; lo cual significa que “el contenido ha de afrontar el desafío de volverse a pensar de forma inesperada”.

² En 2018, Rafael Ramírez estrenó *Los perros de Amundsen*, ensayo cinematográfico “inspirado en la “Trilogía acéfala” de José Luis Serrano”. Lo cual nos lleva a intuir que es, de algún modo, una “puesta en imágenes audiovisuales” de la escritura del poeta. Aunque son palpables múltiples relaciones estructurales entre una obra y la otra, lo que me interesa es llamar la atención sobre una secuencia altamente elocutiva del filme en la que un personaje explica a Serrano su posible “metodología” poética. Se le escucha decir: “Es la vieja fantasía del *ars combinatoria*. Me recuerda los discos rotatorios de [Raymond] Lully, aquella tradición que finalmente lleva a la conceptografía de [Gottlob] Frege. Pero había una diferencia: allá se presuponía un sentido, se buscaba, se reconstituía meticulosamente, se analizaba a fondo. Pero tu aparato compositivo parte de un flujo indecible de discursos, unos territorios de ruidos del lenguaje; huyes de la lógica, le pones sitio, quieres hacerla abortar, pero al final, la lógica vuelve, inevitablemente.” Este comentario autoconsciente devela el mecanismo generador de la escritura del poeta: las expresiones con que Serrano arma el cuerpo

del poema, si bien transparentan y operan con la referencia, en puridad, a nivel del discurso trabajan con el sentido concreto en que se instrumenta el referente en el acto comunicativo; o sea, al referente entrar a constituir el contexto del poema, adquiere otro/ un “sentido” particular. Con esto quiero decir que, en efecto, no se presupone un sentido, sino que emerge de la articulación del lenguaje.

³ En el poema citado con anterioridad a este, los primeros versos —“¿Una felicidad que se reinstala/ como una aplicación?”— bien pudiera tomarse como una interrogante al sentido ético de una contemporaneidad donde la tecnología informacional y la digitalización complejizan el diálogo existencial entre los individuos. Preguntar si la felicidad se puede reinstalar como las aplicaciones informáticas es susceptible de ser interpretado como alusión a la esquizofrenia informativa actual, en medio de una sociedad en la que podemos palpar un radical rebajamiento de la conciencia de la Historia. Está el mundo tan invadido por la obscenidad hiperreal —para usar las palabras de Baudrillard— que nuestra noción de la felicidad se halla manipulada y subordinada a una circulación alarmante de discursos que la controlan y definen. Los versos que continúan injertan matices de relieve que desembocan en un cierre contundente: ese “Algún Pearl Harbor que nos justifique”, quizás en un sentido demasiado existencialista, acaso no habla del sinsentido de la poesía o del absurdo mismo que es justificar la existencia.



Idiel García Romero

(La Criolla, 1980)

Tarea

Construir el poema como se construye una mina: cavar en el idioma con picos de hierro, golpear una y otra vez, golpear hasta que los vocablos rechinen y se hagan polvo, hasta que las expresiones salten por el aire mugroso de la caverna que es el idioma. construir el poema a base de martillo y broca, separar la materia pura de la simple paja mental. construir el poema como todo buen minero, sin que nos importe lo tóxico, lo gangrenoso, la bilis que vertimos en tabernas y en letrinas públicas. construir el poema como se construye una mina: volar en pedazos la cansada lengua de nuestros padres.

C-4

El C-4 es 1, 34 veces más explosivo que el TNT, perfecto para volar roca sólida, lengua sólida, pétrea lengua de piedra, frígida más que rígida, lengua que no da nada de sí salvo cansancio. cuando un poeta usa la lengua como si usara un hacha de piedra, tiene los días contados, la piedra solo sirve para decorar alhajas, y para matar pajaritos, pio, pio. piedra muda. el secreto de la minería es hacer hablar a la piedra, sacarle el jugo al guijarro a golpe de hierro feroz. si quieres una respuesta no te pierdas en polvo o en carbón, escarba más hondo. cambia de explosivo.

Carácter

La minería es un oficio de carácter, hay que golpear día y noche hasta hacer llorar a la roca, roca que no llora/roca que no va a parir, y el parto es el futuro de la minería. la poesía también es un oficio de carácter, hay que golpear día y noche el lenguaje, darle duro, quebrarle los huesos, romperle todas las piedras que anden atravesadas. un minero puede elegir entre ser un minero noble o un minero de carácter, un poeta no puede elegir: o tiene carácter o simplemente es un hombre muerto.

Cumbre

Toda piedra está hecha para escalar, preñada de grietas, riesgos, asideros. por ella es posible ascender o penetrar. hay piedras cerradas y piedras abiertas. un alpinista sabe que la piedra es ruin con el ignorante y con el cobarde. si quieres ir a alguna parte por un camino pétreo, procura conocer la piedra, ensaya, arriégate, piérdale el miedo. si temes golpearte en el ascenso tal vez salves tu vida, pero no escaparás a la vergüenza ni al olvido. un buen ascenso tiene que ser arriesgado. un alpinista sabe que puede caer, pero no se detiene. perderse es una posibilidad como otra cualquiera. un poeta escala una altura imposible, sin que le importe el hielo, la asfixia, el dolor. solo el ascenso, la altura.

Naturaleza

Tratándose de las piedras todo es posible. aunque suelen ser rígidas, prepotentes, inamovibles. se dice que no tienen ninguna sensibilidad. pasan toda la vida en un mismo sitio, y, a menos que un minero las haga volar por los aires, prefieren vivir con los pies en la tierra. ciertas piedras adquieren raras costumbres, dar zancadillas puede llegar a ser su pasatiempo. algunas lo toman tan en serio que luego no conciben vivir de otra manera. las más grandes eligen vidas aisladas. otras prefieren ser invisibles. a través de la historia las piedras han logrado desenvolverse con éxito: la piedra angular, la piedra de los sacrificios, la piedra de toque. a medida que disminuye su tamaño desarrollan un alto grado de egocentrismo y, las más pequeñas, se paran siempre frente a la luz para que su sombra sea más grande.

Vejez

El minero avanza cada vez más adentro, no se detiene más que para escuchar la canción violenta, el estallido del C-4, la lluvia de rocas contra las rocas. no hace ascos al polvo ni a la piedra, no se detiene ante las desolladuras que la piedra rabiosa deja en sus manos aptas para el martillo. minero baja cerviz y continúa horadando la tierra, da lo mismo si es roca sólida, él va siempre hacia adentro. cuando una roca le hace dudar no tiene más que colocar una nueva carga y apretar el interruptor. si quieres ser un minero decente no te andes con ascos ni con miedos, dobla la espalda, usa el hierro feroz, demuele todo lo viejo antes de que la enfermedad sea demasiado grave.

para la minería nada hay peor que el envejecimiento. cuando un minero envejece comienza a temer las demoliciones y se aficiona a los paisajes. los mineros no saben envejecer. la jubilación los coge de sorpresa y tienen sueños peñascosos donde acontecen demasiados derrumbes. y temen. temen terriblemente a la asfixia. hacen de la mina un sitio habitable. se entretienen puliendo piedrecitas redondas, no entran nunca más a una mina y, ya viejos e inofensivos, se mueren de aburrimiento.

El poema

Toda construcción que se respete acumula piedra sobre piedra hasta alcanzar una altura definitiva. un poema que se respete no acumula palabras. un joyero que se respete selecciona las piedras, pone todo su empeño en un acto que puede durar una pequeña eternidad, luego taladra, pule, hilvana una piedra a la otra, practica una especie de bordado pétreo que dará a la piedra su forma definitiva. un poeta que se respete selecciona, hila las palabras justas, da forma a algo que no es una alhaja pero que igual posee cierta cualidad esplendente. ensartar piedras/ ensartar palabras. hacer de las perforaciones un asunto de vida o muerte. saber dónde meter la broca, donde pasar la cuerda, hilar piedras rebeldes hasta componer una figura, un collar, un brazalete, un texto pétreo, un arma, una confesión, un dialecto, una lengua. de manera que no quede boca ni oído, sino solo piedra tosca trocada en corcoveante signo, palabra de piedra. quitar de la palabra piedra toda cualidad frívola y conservar el chasquido, el dolor del golpe.

Trabajo

Si eliges la palabra piedra procura que esa piedra golpee, que se sienta el chasquido, el dolor, el arrebató sonoro de la piedra, pero también la quebradura, la canción metálica de la roca contra la roca. cuando escribas piedra procura que huelga a piedra, que el polvo pedregoso brote de la página, que el lector se lleve la mano a la cabeza y sienta el estallido de la pedrada. no escribas piedra si luego vas a tratar la página como a una burguesita. escribe piedra y que se quiebre el lápiz, que el papel se rasgue, piensa que la página es un himen, dale duro, empuja, esfuérzate, sácale el grito, el aullido, hazla sentir rabia, dolor, odio, pero procura que no se quede con ganas. una página insatisfecha es peor que una puta.

Carlos A. Aguilera
(La Habana, 1971)

Néklas & Néklas

La manera en que Néklas se introducía la comida en la boca era todo un espectáculo.

No solo porque no hacía lo que el común de los mortales: transportar con un tenedor o una cuchara el alimento desde su plato hasta el espacio que quedaba encima de su lengua y dejarlo allí hasta que sus muelas, enchapadas en oro al igual que las de mi padre, hicieran todo lo demás.

No.

Néklas, el ingeniero Néklas, el sesudo y obsesivo y —en su juventud— austrohúngaro Néklas, apodado también el “americano” por el cabrón de mi padre, sobre todo cuando lo veía tomar el sol estirando de manera ridícula sus patas blancas unos centímetros más allá de su balcón —el de su casa, se entiende—, lo hacía de otra manera.

Alzaba primero el tenedor hasta la altura de sus ojos, apoyaba el codo en la mesa, con lentitud extrema, y adelantando su rostro hasta el objeto que agarraba férreamente con su mano abría su orificio roedor y se zampaba todo lo que en ella hubiese.

Carne, si sobre el tenedor había carne.

Digamos que en el noventa y nueve por ciento de las ocasiones solo había carne. O salchichas, cucharones de sopa, arroz, *svíčková* o alguna fruta.

Es decir, todo.

Todo lo que se interpusiera en su camino y todo lo que le ofrecieran; que más de una vez lo vi comer en nuestra casa y siempre repitió este ritual de la misma manera. Primero impulsando con exageración su rostro hacia delante y luego encajando toda la comida entre sus dientes.

Sin saltarse un solo paso.

Como si este gesto al revés: el de la boca hacia la mano y no el de la mano hacia la boca, fuera tan importante para él como respirar o tomar agua; hacer calistenia.

Y lo mismo con su hijo, apodado desde siempre el “cojo” Néklas.

Ortopédico que disimulaba en muchas ocasiones su no tan retorcida cojera (ahora explico cómo fue que se produjo) y desde niño era una persona callada, chicha, medrosa, débil, de esos que preferían estar mucho

tiempo dando vueltas alrededor de sí mismos y apenas ansiaba el contacto con los demás.

Cosa que hizo que con los años, aunque sobre todo a partir de la adolescencia, le agarrara el gustico a la filosofía: esa flecha que para él se disparaba en Hegel y encallaba de manera histérica en Sacher Masoch (*La hiena de la puszta* lo volvía loco), y en el Uno de Stirner, en su anulación de todo lo que no fuera individuo.

Filosofía que transportaba casi sigilosamente a su oficio, a su manera de tocar y valorar y tonificar los músculos y los huesos.

O a su manera de observar una espalda, una escoliosis.

¿No es acaso la escoliosis, razonaba el tullido Néklas, el mejor ejemplo que se podía dar de un concepto como teleología: una ligera curva que se agranda y no se alivia nunca en ningún punto antes de romperte el mismísimo culo?

Pues eso.

El “cojo” Néklas, hijo del sesudo, obsesivo y con los años esclerótico Néklas, se explicaba de esta manera absolutamente todo.

Todo lo que tenía que ver con la ortopedia (más que una ciencia es un hábitat, decía). Y todo lo que tenía que ver con la vida...

La suya, claro.

Néklas, el “cojo” Néklas, si algo bueno tenía, era que nunca daba opiniones o consejos.

Si algún paciente insistía mucho se encogía de hombros y murmuraba: en los estudios me dijeron... y se limitaba a repetir lo que dictaba el libro. Pero nunca algún gesto de complicidad o afecto, tal y como hacen otros especialistas a puertas cerradas.

Nunca (nuncanuncanunca) alguna pequeña guía para que el otro pudiera prevenir futuros accidentes.

No.

Esto, el “cojo” Néklas, el hiperobsesivo e hiperhigiénico “cojo” Néklas (podía lavarse las manos hasta veinticinco veces al día con un estropajito amarillo que tenía encima de su escritorio), se lo tenía prohibido.

Si le explicas a un paciente cómo aliviar su hernia, le escuché rezongar alguna vez, deja de mirarte como a un médico, decía.

Te desprecia.

Y tenía razón.

Mi mismísimo padre, cuando regresaba con su bulto de conejos y las rodillas a no dar más por la artritis (los días de lluvia eran mortales para él), se lo gritaba a mi madre en la cara.

Los médicos no sirven para nada, vociferaba. Un hombre lo único que necesita es un buen masaje.

Y ahí, claro, comenzaba a incordiar con su mierda de Clausewitz y lo que según para él y el general prusiano clausuraba o delimitaba o recorataba el campo de vida... Esa tremenda diferencia entre la guerra como construcción de algo (un oficio por ejemplo) y la guerra como inquina, delirio.

¿No es precisamente el delirio lo que no nos deja observar lo más importante?, subrayaban mi padre y mi madre y hasta los conejos muertos un par de horas atrás y que ahora esperaban su turno en una pilita en el salón de la casa.

Exacto, hubiera respondido el “cojo” Néklas, quien observaba la vida como un taxidermista, con los mismos gestos y los mismos guantes incluso; y a quien todo tipo de desvío lo ponía visiblemente nervioso, como si moverse un milimétrico más allá de la rutina lo fuera a dejar en evidencia ante un esfuerzo irritable.

Si la gente se alejara menos de su sofá, susurraba siempre a otros ortopédicos el “cojo” Néklas en aquellas interminables reuniones en el *room* de la administración, habría menos fracturas: menos fracturas, menos hernias y menos calambres...

Y se daba fricciones en el tobillo por momentos hinchado.

Menos dolor.

Precepto (el del sofá, no el del dolor) que el más pequeño de los Néklas intentaba cumplir a rajatabla, aunque para esto tuviera que permanecer gran parte de sus días y noches frente al televisor.

Y aunque con el tiempo y el no-estrés hubiera ganado sobrepeso.

Nada de esto le importaba: menos movimiento, menos problemas, se murmuraba a sí mismo el cojo cada vez que llegaba a su casa y se desparrramaba en el sofá con una reserva de buen slivovice en una de sus manos.

Menos problemas, menos idiotas quejándose.

¿No era en verdad la TV un invento que parecía hecho para ayuda de la medicina y especialmente del universo ortopédico y, si nos ponemos, de la psiquiatría, de todas las ciencias que tomaran en cuenta cuerpo y cabeza?

Néklas, el “cojo” Néklas, permanecía horas y horas frente al “globo catódico”, como le gustaba llamar con rimbombancia al aparato que estaba frente a su sofá.

Viajaba con él.

Se reía con él.

Roncaba con él.

Se vestía con él.
 Dialogaba con él.
 Comía...

Observando con obsesión las imágenes: las de personas en situaciones extremas le fascinaban, e incluso, llegando tarde en algunos momentos al hospital por no poder interrumpir las noticias que siempre ofrecía una tetona a las seis de la mañana, hora en que el “cojo” Néklas con una taza de leche y un pedacito de tostada a medio camino entre su mano y la boca, devoraba todo lo que lanzara el televisor.

Gracias a ese aparato, el rechoncho, el enano, el ortopédico y ahora zonzobélico Néklas, había participado en algunas guerras centroeuropeas y se había sentado muy cerca del ring donde Muhammed Alí y Foreman habían dirimido su, en apariencias, desigual batalla, hasta que aquella bestia de Casius Clay (así lo llamaba a cada rato el narrador de aquella pelea) con solo un golpe había puesto orden en aquellos ganchos y aquel acoso bajo el cual el “feo” Foreman había campeado durante ocho asaltos.

Había revisitado lo más extremo de la última guerra balcánica y había visto cara a cara a gente con mucha hambre, con coágulos de sangre pegados al pelo incluso.

Había reconstruido la muerte de cierto *frocchio* italiano, así hablaban de él los políticos de derecha e izquierda, y se había quedado con el nombre de uno de sus documentales para verlo después: *Apuntes para una Orestiada africana*. Según un crítico de cine que también había salido burlándose del cineasta muerto, esa cinta explicaba el esnobismo de “nuestro tiempo”, porque “algunas personas producían ellas mismas su propia asfixia”.

(Lo de producir la propia asfixia fue precisamente lo que le interesó al hijo del ingeniero Néklas).

Había visto una película muy rara donde unos idiotas, muertos vivientes les llamaban, intentaban penetrar en diferentes casas mientras los inquilinos de estas corrían.

Y había visto otra película, más extrañita aún, donde muchos pájaros cagaban a la gente e intentaban comérselos.

El momento sublime de esta había llegado con aquella escena donde el pájaro después de reventarle un ojo a un hombre desmayado, había hundido su pico y, en medio de un inusual *close up*, había absorbido el chorro acuoso que emanaba de él como si fuera agua.

Había visto un reportaje sobre higiene bucal, una especie de viaje por los dientes, las encías, los flemones, la lengua..., y había recordado porqué ver comer a su padre siempre le había parecido algo asqueroso.

No solo por esa manera peculiar que tenía de introducirse la comida en la boca (recuerden: encajando media humanidad en el tenedor y no al revés, como subrayé al principio), sino, por el ruido que hacía con su mandíbula, por la manera en que lentamente trituraba los alimentos y los deglutía.

Un ruido que a estas alturas solo podríamos describir como inhumano.

Monstruoso.

Tetrapléjico.

El ruido que podrían producir varios cráneos chocando a la vez.

Ruido al que quizá el más pequeño de la familia Néklas, pensamos todos, debería estar ya acostumbrado, al fin y al cabo había vivido dentro y alrededor de él desde su nacimiento...

Pero no.

Con los años esta “indecencia” del ingeniero Néklas había ido *in crescendo* y había terminado por alejarlo de su hijo.

No solo no se hablaban —al final, lo normal es dejar de tener comunicación en algún momento con uno de tus progenitores.

Sino que en un ataque de ira, Néklas, el “cojo” Néklas, el tullido, el loquito a la televisión y especialista en protusiones humanas Vladimiro M. Néklas, más conocido como El Cojo, le había tirado el tenedor por la cabeza a su padre un domingo en que todos se merendaban un tremendo pato comprado en una granja vecina y se había ido de casa, por años.

Tiempo en que afrontó solo, sin patrimonio, sin ayuda, sin economía sus estudios en la universidad.

Y años en que su único contacto con el concepto familia fue su madre, ya que ni siquiera a sus hermanos les dirigió la palabra durante todo este tiempo.

Ellos siempre habían estado de parte de su padre, razonaba el cojo, así que “que se jodan”. Ya verán cuando se rompan la columna y vengan a verme, los voy a dejar inválidos a todos.

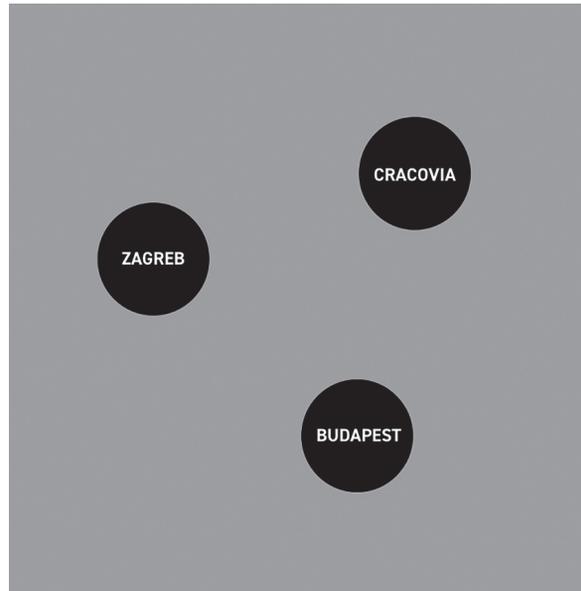
Y se reía viendo aquellas imágenes en el televisor, donde un tipo con barba cana hablaba y hablaba y hablaba de la organización militar en la austrohungría y cómo intelectuales y escritores, por ejemplo un tal Roth, habían apoyado siempre aquella estructura, aquel mejunje de naciones y lenguas.

(Para el “cojo” Néklas organización y lengua significaban lo mismo).

¿No era, filosofaba el barbudo desde el televisor, la austrohungría, nuestro último ensayo válido de una estructura disciplinaria y a la vez integradora, una máquina vaporosa y política?

Síííí, deliraba el barbudo. Fue nuestra última posibilidad de poder estar adentro y afuera de todo a la vez.

Y gritaba: ¡Miren!
(Apuntando a un mapa).
¡Miren!



¿No ven cómo toda la fuerza de Europa se concentra en estos tres puntos?

Y señalaba con el índice tres bolitas negras que decían adentro Cracovia, Zagreb y Budapest.

Este es el triángulo perfecto de Europa, proseguía el barbudo.

El triángulo perfecto donde se concentra todo el plus de Europa: su fuerrrrrrrrza —y abría los ojos.

Los que han intentado negarla lo único que han hecho es despertar el animal que estas ciudades llevan dentro. El animal que las construyó y devoró y fagocitó para que austrohungría siempre estuviera entre nosotros, para que la austrohungría fuera imborrable.

(Y se quedaba perplejo mirando los punticos del mapa).

Sin austrohungría ni ustedes ni yo estuviéramos aquí, y miró casi con odio hacia la cámara, un aparato tosco y tubular que tenía un cartelito iluminado encima con la palabra ON.

Ni ustedes ni yo, ¿entienden?

Pregunta que hizo despertar, por decirlo de alguna manera, al “cojo” Néklas, que no estaba precisamente durmiendo, aunque sí había quedado embobecido ante las razones del loquito austrohúngaro y miraba sin pestañear los tres punticos con las tres ciudades europeas que la televisión había dejado inmóvil.

Cracovia...

Zagreb...

Budapest...

(Rumió en voz baja el “cojo” Néklas para sí mismo).

¿No eran acaso estas las tres “grandes urbes” en las cuales su padre, el ruidoso ingeniero, decía que había estudiado y siempre señalaba como modelo a seguir?

El ingeniero Néklas había pertenecido de joven a una *společnost* de nombre Los Monarquistas. *Společnost* o asociación cuyo único cometido era organizar una comelata anual, con su respectivo baile y respectivos disfraces, e identificarse siempre a cualquier hora del día y en cualquier lugar con el lema “Austria-Hungría nos besa”. Lema que Néklas, el ingeniero, el patiblanco, el ruidoso Néklas, continuaba gritoneando cada vez que encontraba a uno de los antiguos monarquistas en la calle o, a veces, por pura joda, en su propia casa, antes de los almuerzos, por ejemplo.

Cosa que resultaba insoportable además de ridícula, sobre todo para el futuro ortopédico y futuro degustador de programas de televisión, quien a partir de la perorata del barbudo austrohúngaro había comprendido un poco más el fenómeno y había empezado a entrever ese hilo delgado que define la vida de cualquier hombre y lo sitúa en tiempo y lugar digamos.

Por ejemplo, ¿por qué, si desde siempre había odiado todo lo que impulsara algún tipo de movimiento (y violencia e ideología —Néklas se definía ante todos y ante él mismo como apolítico), había llevado con frenesí una colección de tanques pequeños de guerra: tanques de la Primera Guerra Mundial, la Segunda, y especialmente alemanes y rusos?

¿Por qué?

¿De dónde provenía esa pulsión de violencia que encierra el propio hecho de poseer una colección de tanques y que él no recuerda ni cómo comenzó ni cómo se afianzó ni cómo se regeneró ni cómo, para ser claros, se coló en su jodida vida, sobre todo cuando vivía bajo el mismo techo de sus padres?

¿Puede heredarse la violencia, los conceptos e incluso hasta el deseo de coleccionar tanquecitos verdes y mostaza, de hierro?

¿Qué coño era toda esa colección ahora amontonada en dos elefantes grandes de cristal en la misma sala donde además del televisor y el sofá estaban sus diplomas de estudio colgados en la pared?

¿Qué era todo aquello?

Qué representaba, a quién —esta pregunta para el “cojo” Néklas, era la más importante—: ¿a quién representaba?

A él evidentemente no.

Aún recordaba con total claridad cómo los primeros tanques de la colección los había traído su padre en unas cajas medianas y cómo, aunque lo obligaba, en verdad los había armado él (el progenitor de todos los Néklas), con total cuidado y haciendo que cada pieza encajara bien y para siempre, como le gustaba subrayar al ingeniero.

Trauma que evidentemente Néklas padre tenía con todo, ya que se enfurecía cuando algo se dañaba y destruía esa “eternidad milimétrica” con que él parecía envolver cada uno de los objetos que estaban a su alrededor, como si lo eterno fuera una franela ruinoso aunque aún útil, un pañito con el cual desempolvar, limpiar, abrillantar y pulir la superficie de las cosas.

Estructura que en el caso de los tanques resplandecía con un escudo desproporcionado en el mismo centro de su superficie más unos cuantos números de identificación en el costado, números que sobresalían de entre el camuflaje y servían a su padre, con un librito de tapas rojas en su mano y un par de gritos, para mostrarle la diferencia —real y no moral o religiosa, como se hacía usualmente— entre un alemán y un ruso.

La diferencia que ambas naciones tenían a la hora de focalizar algo.

Entonces, preguntémosnos bien alto, ¿pertenece esta colección a Néklas o pertenece a su familia, es decir, su padre?

En caso de defunción, ¿quién debía heredar esta caravana horrible de engranajes y ruedas y números ordenados según países y colores?

¿Alguien debía poseer algo que no había sido concebido para su propio goce y más bien había servido para destruir a una persona desde su infancia, desde que casi aprendió a balbucear y arrastrarse por el suelo?

El documental o la explicación del barbudo sobre austrohungría había sido muy prolija, y lo había hecho ver (a él, a Néklas, al cojo y enfermo a la televisión Vladimiro M. Néklas, ortopédico de profesión) el secreto de esta summa que había ido acumulando desde niño sin saber porqué y sin que esta le revelase, en verdad, algo sobre su vida, sobre su manera de acercarse o alejarse del mundo.

Algo sobre las cosas que él, suponía, solo a él importaban.

¿Y si tiraba la colección?

¿Y si organizaba una gran reventa en el mercado junto al río?

¿Y si la quemaba?

¿Qué pasaría si cogía uno de esos inservibles artículos que además de destrucción y atraso simbolizaban movimiento, es decir: avanzar aplastando un territorio antes de continuar la marcha, y los tiraba al fuego, a un hornillo “de pudrición y venganza”?

¿Qué sucedería?

Lo más seguro es que nada.

Su padre, a estas alturas, ya bastante viejo y sufriente por la muerte de su amigo —mi padre—, ni siquiera se daría cuenta de la desaparición de la colección de tanques cuando en algunas de sus esporádicas visitas, pasase por delante de aquellos muebles de madera oscura.

(Recordemos que siempre venía de la mano de la señora Néklas, quien lo arrastraba por toda la ciudad de la misma manera que se jala un muñeco).

De hecho, casi podríamos afirmar que esta apestosa colección de tanques no le importó nunca a nadie, ni siquiera a nuestro ingeniero, quien cultivó, por así decir, la pasión por la historia y sus detalles solo un tiempito muy breve, precisamente el que coincide con la preadolescencia del hoy ortopédico Néklas, pero derivó rápidamente en otra cosa, sin quedar como una obsesión de vida digamos.

Entonces, Néklas, lo que se dice Néklas, el verdadero Néklas, el ingeniero, ni repararía en esta valiosa pérdida, pueden estar seguros.

No la miraría.

No la comentaría.

No la celebraría —vasito de coñac en mano— contando alguna anécdota graciosa o haciendo memoria.

No.

Néklas, el verdadero Néklas, el ingeniero Néklas entraría, se sentaría en el sofá y miraría la televisión, sin hacer el más diminuto de los comentarios, tal y como hacía siempre en los últimos ocho años.

Es más, después de lanzar su lema austrohúngaro frente a la puerta de la casa de su hijo, no diría absolutamente nada, se quedaría ausente como un mueble u otro objeto, como un pajarito muerto.

Entonces, ¿por qué tanto delirio ante la colección de tanquecitos y tantas, tantas, preguntas?

¿Tenía miedo el “cojo” Néklas?

¿Sentía temor ante el pasado y el recuerdo de los castigos que su padre, hoy ya convertido en un cáncamo inútil (como cualquier otro viejo de su edad), le infringía?

¿Podía existir la posibilidad, mínima, de que el ingeniero y ruidoso Néklas “resucitase” y le sonara dos fuetazos como hacía cuando este, el ahora ortopédico y sedentario Néklas, era un niño, y en la escuela o casa rompía algo que alteraba aquella “eternidad milimétrica” que su padre buscaba?

No sabemos.

Pero Néklas, ante la visión de que su padre volviera alguna vez a castigarlo, humillarlo, joderle su vida, prefería cagársela él mismo.

Ponerse de rodillas frente al televisor y flagelarse.

Como un perro.

Gritándose improprios y llorando.

Diciéndose lo malvado que era.

Lo indecente, lo pérfido, lo deshonrado, lo arrastrado que era.

Agarrándose fuerte su caradeculo y abofeteándose.

Sin compasión.

Este tipo de terapia era la única que en momentos tensos lo calmaba.

La había descubierto años antes, cuando ante la irritación de su padre por un juego de tenis que transmitían en el televisor, a él, el ortopédico y especialista en malformaciones óseas: Néklas, la mano había empezado a temblarle, así, sin más, y sin que el tic, una vez ido su padre, hubiera desaparecido.

Allí comprendió el temor que le causaba aquella bestia (el ruido de sus mandíbulas al masticar eran solo consecuencia y no causa) y los trastornos que en su cuerpo las reacciones de aquel hombre, y los gritos, los insultos, los golpes contra la pared de aquel hombre, podían llegar a producirle...

Los nervios.

Néklas, el ingeniero y verdadero Néklas, al igual que mi padre, había hecho crecer a su familia dentro de un pulmón de hierro, como se dice vulgarmente. Dentro de un control férreo del deseo y los posibles gustos que unos y otros pudieran darse.

Para esto no solo había hecho que *pañi* Néklas, ahora con el mando total de la situación, ahorrara en todo lo que pudiera ahorrarse, dentro y fuera de casa, sino que la había obligado a llevar un catastro que él verificaba cada semana y donde se apuntaba todo, exactamente todo, el dinero que la familia ponía a circular dentro de la maquinaria social.

Maquinaria de la que Néklas, como buen ingeniero, se veía como principal contribuyente.

Carne: un cuarto de kilo por persona.

Granos: trescientos gramos por persona.

Lácteos (esto era solo leche): un vasito diario por persona.

Verduras...

Y así cada fin de semana.

Revisión que ponía muy tensos a todos pero en especial al ahora mismo ortopédico Néklas, quien, sin saber exactamente por qué, aunque con los años descubriría era por la violencia y el ahogo que generaba aquella revisión, se le disparaba un tembleque en la mano que solo aprendería a dominar, años después, autocastigándose.

Poniéndose de rodillas y dándose golpes en la espalda, con un látigo de cuero que había encontrado colgado de un clavito en el sótano de su propia casa, y nadie sabía quién había utilizado antes.

Sentir el verdugón, la ardentía, el golpe, lo relajaba de manera extrema. Era opio, literalmente.

Un analgésico mucho más fuerte que cualquier pastillita o té.

Mucho mejor —puedo asegurarles— que aquella colección de tanques idiotas que aún reposaban en esos armarios detrás del sofá donde ahora mismo, él: látigo en mano, boca hecha agua, intentaba destripar todo tipo de recuerdo.

¿Puede haber placer mayor que darse unos buenos fuetazos en lo que la televisión, siempre exacta además, transmite en vivo alguna cosita de Bach o la Misa del papa Marcelo por ejemplo?

¿O aquel *imbroglio* de Wagner, *Die Meistersinger*, conducida por Furtwängler; aquel invento que solo a él y a degenerados como él podían gustarle?

Néklas, el “cojo” Néklas, Vladimiro M. Néklas, tendía una alfombrita en el piso muy cerca del televisor y se colocaba de rodillas, con unos calzoncillos blancos que le bajaban hasta la mitad de la pierna.

Escuchaba con atención la música y cuando parecía que estaba a punto de entrar en trance, se golpeaba.

Con sincronía, casi.

Con precisión.

Haciendo que cada latigazo y cada blasfemia coincidiera con la música, con aquellos movimientos de marioneta que tiraba dentro del globo catódico Furtwängler, o simplemente con los *beats* más agudos que producían orquesta o coro; *beats* que eran los que por su sensibilidad Néklas, el ortopédico Néklas, mejor captaba.

Esos que tomaban forma de aguja y se le encajaban en los oídos y a veces hasta le sacaban un poquitico de sangre de las orejas. Una sangre blanca, pastosa, parecida a albúmina de huevo, la cual le chorreaba por toda la barbilla y goteaba insistentemente sobre la camisa manchándose-la siempre de manera jodida.

¿No era aquel goteo, combinado —eso sí— con los latigazos y los movimientos de Furtwängler, lo que le había hecho ver la idea definitiva de lo que tenía que hacer con cada uno de esos tanques color mostaza que tenía ahí mismo, en la sala, a un paso de él, a un par de metros de su mano?

Pues sí.

Es más, podemos asegurar que esa sangre junto a los movimientos del director de la orquesta de Berlín en aquel momento, el momento en que dirigió con total concentración pero también total caricatura, la famosa ópera de Wagner, eran los que le habían dictado el qué y el para qué de su colección, el extremo en que debía convertirla.

Y este extremo no era otro que el de comprimirla en un paquete.

Aplastarla.

Asfixiarla en una caja que al estar recubierta de papel blanco (uno de esos tupidos y con filigranas de pajaritos en su superficie), no permitiría ni la penetración de la “energía del ojo” (bien entrenada, podía llegar a producirle la muerte a alguien) ni la salida de la energía sobrante: esa que cada cuerpo poseía y resultaba tan dañina para todo aquel que se expusiera a ella; energía, de más está decirlo, que cada uno de esos tanques, retacos y pseudoguerreros, almacenaba dentro de sí.

Una energía que Néklas estaba seguro lo había torcido desde niño y le había dañado la pierna y, si nos dejamos guiar por su derrotismo, el cerebro.

Una energía que lo había hecho cojear.

Cojear como solo un austrohúngaro cojea: arrastrando todo su pie por sobre el asfalto antes de obligarlo a reaccionar con fuerza para que se moviera.

Y ahora, pensaba, el esclerótico de su padre había aprendido a bloquear en el mismo dintel de su casa al gritar su lema “Austrohungría te besa” a todo pecho y al soltar su carcajada habitual haciendo un saludo raro con la mano.

Energía que lo había estado jodiendo a él y a su madre y a sus hermanos durante toda la vida, y los había lanzado a una especie de guerrita íntima, a una apoteosis que en su caso terminó con aquel tenedor en la frente del ingeniero (el cual, dicho sea de paso, solo le causó un pequeño moretón encima de la ceja), pero se alargó por años entre sus hermanos y su padre, su padre y la señora Néklas.

Una energía agónica, que muchas veces te zarandeaba, escupía, aplastaba, hasta que echando espuma por la boca levantabas el brazo y ya no podías más.

Una energía que muchas veces no te dejaba dar un paso.

¿Acaso aquel mismo barbudo de la televisión no había asegurado que los dos signos distintivos de la austrohungría eran la cojera (todo el bestiario simbólico de la austrohungría la padecía, pontificaba el de la barba cana desde un escenario detrás de la pantalla) y la epilepsia, sinónimo de inteligencia y prudencia aguda?

Incluso el “gran Franz Joseph”, continuaba el de la barba cana, ¿no simulaba de vez en cuando delante de sus ministros algún ataque de epilepsia para colocar su figura a la misma altura del mito, un par de centímetros más arriba de hecho?

(Reía con un diente color café el barbudo de la televisión).

Pues sí, hasta el gran Franz Joseph quería ser epiléptico, y aquí agitaba su mano nerviosamente como si a él también le fuera inminente el san vito. Epiléptico y cojo.

Y se quedaba mirando el ON de la cámara como si sus dos letras en rojo indicaran algo más que una simple advertencia.

Información (todo lo concerniente a la cojera, para el cojo, empezaba en el nivel Información), que para el más pequeño de los Néklas había sido más que exhaustiva. Su padre había intentado —contra toda ley— convertirlo en la reencarnación del aquel mierdoso emperador de la austrohungría y cuando se dio cuenta del tamaño de su locura, pues empezó a destrozarle su vida con aquella colección de tanques, aquella colección que solo podía distorsionarle lo que en verdad él era: un hombre lineal, reflexivo, tranquilo, que podía estar días frente al televisor observando las imágenes de la misma manera que un francotirador observa el mundo, sin moverse y sin ponerse nervioso, frío.

¿Acaso había placer más grande que ver una a una las peleas de boxeo: el *jab*, el *uppercut*, el gancho cortico (tan diferente al *uppercut* clásico), el directo al ojo y quedarse a su vez totalmente calmo, como si en vez de un deporte de golpes y sangre se estuviera viendo, por ejemplo, la premiación de un torneo de golf?

Esta contradicción del “cojo” Néklas, era precisamente la que había sacado siempre de quicio a su padre, quien cuando comía y hacía aquel ruido espantoso con sus mandíbulas, miraba fijamente al, en aquel momento, joven Néklas, y pensaba en cómo inyectar fuerza en aquella facha inútil, demacrada, tonta, en aquellas manitas femeninas y con tan poca sangre.

¿Sería posible esto de alguna manera?, reflexionaba en su momento el mayor de todos los Néklas e incluso *pañi* Néklas, quien miraba de reojo a su hijo en lo que este se introducía un pedacito de rábano en la boca.

Ojalá que sí, pensaban.

No está de más decir que toda esta obsesión de la familia del ingeniero con el futuro ortopédico venía de un suceso penoso, por decirlo con sus propias palabras... Un suceso “*full* de vergüenza”, como le gustaba sentenciar al ingeniero.

Y es que a Néklas, al ortopédico, al degustador de programas de televisión, al médico y hasta cierto punto científico Néklas, cuando aún no se había instalado del todo en la adolescencia, lo habían sorprendido teniendo “conducta lasciva” con el perro del vigilante de la escuela.

Un calvo medio tartamudo que se encargaba de tener las puertas que daban al parque siempre cerradas y hacía sonar el timbre cada cuarenta y cinco minutos.

Suceso que trascendió lo privado, como es lógico, y obligó a la familia del ingeniero Néklas, de la señora Néklas, de los hermanos Néklas, de los austrohúngaros Néklas, a mudar al hoy ortopédico de escuela (cosa que

no fue posible hasta el próximo curso), y a intentar silenciar el escándalo que de repente había rajado la vida y la moral y la calma del mundo Néklas en dos.

Cómo alguien podía hacer algo así, pensaba con asco *pañi* Néklas viendo a su hijo afincar los dientes sobre aquel rabanito en la cena.

Cómo podía degradarnos así, pensaba.

¿No es connatural al ser humano aparejarse solo con semejantes e intentar tener siempre la honra alta, sin ningún tipo de duda o manchita?, se decía a sí misma en lo que miraba con reprobación a su hijo.

Cómo puede hacernos pasar por esto, y se quedaba en esta pregunta trabada, sin poder siquiera avanzar un pensamiento más.

¡¿Cómo?!

Lo cierto es que sexo, lo que se dice sexo, el “cojo” Néklas no había tenido nunca con el perro. Ni Beppo, así se llamaba aquel *mix* de puddel negro con otra cosa, lo había violado a él ni él (juró llorando delante del director, de las profesoras, de sus padres y hasta del vigilante) a Beppo.

Nunca, nunca, nunca.

Solo algunas tardes él se había ido con el perro a aquel jardincito que estaba detrás de los módulos deportivos, en el cual junto a un par de arbustos había dos rododendros muy bien recortados, a la manera inglesa, y allí habían sido muy cariñosos los dos.

Solo eso.

(Y lo decía juntando las manos y poniendo los ojos en blanco).

Solo esto.

Lo cierto es que lo que fascinaba al “cojo” Néklas, y lo que hacía todas las tardes o cada vez que el despiste de algún profesor lo permitía, era ir con Beppo a aquel lugar, agacharse en la hierba, abrazarse de manera muy cariñosa al cuello del perro y, acariciándolo, oliéndolo, besándolo, diciéndole arrumacos y pegándole la nariz a sus orejas, sacarse la pinga (ya en este momento totalmente a millón) y pasársela por la boca. Cosa que evidentemente le gustaba —a Beppo y Néklas—, ya que este pasaba mucho la lengua, tanto por aquella cosa venosa y larga como por los huevos del cojo, que eyaculaba siempre en la boca y la cara del puddel y después lo besaba, de la misma manera que mucha gente besa a sus animales domésticos, con cero lascivia.

Como se besa a un ser querido, digamos.

Y por eso, al final, aunque de esto no hablaba, todo el revuelo había sorprendido tanto al ahora mismo ortopédico Néklas, que entendía todo este alboroto como una trampa hipócrita, una conspiración, y no dejaba de armar mentalmente un puzle donde nada encajaba con nada.

¿Cómo era que un año después lo habían sorprendido?

¿Por qué?

¿Beppo de alguna manera lo había delatado?

¿El amor filial a un animal no debería ser más bien motivo de elogio, aceptado con admiración e incluso mimetismo?

¿Dónde estaba SU error?

El dueño de Beppo le había seguido la pista y después de vigilarlo por más de media hora, lo había ofendido, es verdad. Había golpeado a su perro y le había gritado a él, a Néklas, que lo rajaría de arriba abajo, es verdad. Había incluso escupido al suelo y mirado con odio al cojo, es verdad.

Pero dónde estaba el escándalo, dónde estaba el problema de este entregarse a un animal que uno ama y, visto lo visto, también amaba en aquel momento al estudiante Néklas.

¿No era esta fraternidad y esta relación sin límite lo que siempre le habían inculcado?

¿Su mismo padre cuando lo acariciaba a él y a sus hermanos, desde el pelo hasta debajo de la sacro, colocándole la cabeza a cada uno sobre sus piernas, no hablaba precisamente de esta unión, de esta no-frontera con todo lo vivo, con todo lo que pudiera enriquecer nuestro afecto?

Y la señora Néklas, al besar siempre a sus hijos en la boca y bañarse siempre con ellos en una tina pequeña, cuerpo contra cuerpo, en lo que dejaba que estos la “higienizaran” a ella de la misma manera que ella hacía con ellos, demorándose mucho en la entrepierna y el ano, abriéndolo, dejando que la puntica del dedo raspara bien los bordes y se introdujera un poco, ¿no estaba haciendo también una labor pedagógica, no estaba mentalizando a sus hijos en relación al otro?

El “cojo” Néklas no entendía.

Se había pasado su vida sin comprender, aunque las convenciones habían sido más fuertes, y cada vez que regresaba a aquel ritual de castigo, a aquellos golpes en la espalda y a aquella ardentía, retornaba insistentemente a las mismas preguntas.

Las mismas preguntas que en su adolescencia no habían encontrado respuesta.

Las mismas preguntas que ahora, siglos después, tenían una aclaratoria difícil, inexacta, como si alguien después de haber luchado durante meses por curarse una herida en una mano, decidiera, de pronto, arrancarse el brazo entero de un mordisco.

¿No era esta mutilación exactamente lo que había pasado en su vida: la mutilación del afecto, la mutilación de poder entender todo por sí mismo y no a través de los demás: la mutilación como exactitud y experiencia?

Néklas se autocastigaba.

Se autocastigaba y mientras más pensaba en su pasado y en Beppo y en aquellos deditos de su padre acariciándole la espalda y los apretones que estos le daban cada vez que el ingeniero aparecía con un terrible, apestoso, enloquecido y nuevo tanquecito verde o mostaza, se sazónaba más.

Con furia, podríamos decir.

Con sudor.

Como si él fuera el personaje de una mala película donde los buenos siempre estarían alrededor de una mesa riéndose y comiendo mientras él, empotrado en el cuartico de atrás, languideciera dentro de una burbuja invisible.

Hueca.

Una burbuja donde solo existía él, su látigo, su televisor y las imágenes que salían de este y lo dejaban muchas veces en insomnio.

Imágenes que eran mejor incluso que sus propios sueños.

Mucho mejor que ese delirio recurrente —ahora con el látigo en la mano se daba cuenta— en el cual él, junto a Beppo, corre por un prado largo mientras el aire lo golpea en la cara y ambos, perro y no perro, son muy felices, libres.

Sueño que curiosamente siempre se le aparecía como detrás de una cortinita roja, como si fuera una foto de hace muchos años y el tiempo le hubiera quemado el color.

Como si incluso (y por eso ahora sabía que más que sueño era delirio) esta imagen no tuviera sentido.

No tuviera sentido ni razón ni realidad ni nada.

No tuviera vida.

¿Algo que se desgasta de esta manera no es objetivamente una memoria falsa, se preguntaba el cojo, una memoria bajo la cual nuestra propia cabeza y nuestro propio cuerpo se reinventa para hacernos creer en una territorialidad que nunca existió?

¿El espacio donde al final sería imposible representarnos a nosotros mismos?

Y se castigaba aún más fuerte con el látigo...

Si algo obsesionaba al “cojo” Néklas era precisamente la idea de lo falso. La idea de haber vivido una vida prestada, torpe, tarará, retrasada, artificial.

Una vida fofa.

Y de ahí todos esos recuerdos, todos los latigazos, todas las palabras que acumulaba en su cabeza. Todas, sin exclusión, hechas para llevarlo a encarnar otra subjetividad. Para obligarlo a funcionar dentro de lo que el

ingeniero Néklas y *pañi* Néklas e incluso sus hermanos, Néklas 1 y Néklas 2 (él era el menor, recordemos), construyeron para él: aquel proyecto chiquitico atravesado por la mezquindad y el odio de los otros.

Aquel proyecto microscópico.

¿No era exactamente ese proyecto el que se arrancaba de su cuerpo con cada fuetazo y cada gesto donde lograra anular, por así decir, la energía que la monstruosidad le había hecho morder minuto tras minuto, segundo tras segundo, como si de un pedacito de pan se tratara?

Néklas miraba el televisor.

Veía cómo esas historias, cada vez más históricas, donde aparecían incendios, niños llorando, boxeadores, mujeres tumbadas en la calle, pájaros, gentes con escopetas y gentes sin escopetas, enanos..., le ofrecían un extra que nunca había recibido a lo largo de su vida.

Un extra inédito.

Fuerza que nunca bajo su propia rutina, es decir, la que habían diseñado desde hace mucho los espantosos Néklas contra él, había logrado experimentar, y el cual, además de colocarlo en un espacio nuevo o insólito, le brindaba la oportunidad de poder contrastarlo con sus propias reflexiones, su propia construcción del ser.

Como si a través del televisor pudiera por vez primera alejarse de sí mismo para, dando una vuelta inmensa por un escenario frío, llegar de nuevo a ese que en este mismo momento, jadeante, semidesnudo, con postillones de sangre en la espalda y una peste inmensa bajo los brazos y el culo (a causa del sudor, *of course*), se sentaba nuevamente en su sofá y continuaba observando, anestesiado, las imágenes que se disparaban directamente del televisor a su cabeza, de la pantalla a su “extraordinariamente bien amueblado cerebro”, como le gustaba pensar de sí mismo.

¿No era precisamente esta abducción lo mejor que podía sucederle a alguien que estaba batallando contra todo y contra todos?

Néklas veía el televisor y se convertía en chino.

Se convertía en chino, mongol, esquimal, eremita y rojo.

Se convertía en otro.

Nada era mejor para su vida que aquellas imágenes, aquellas historias que lo hacían descubrir cosas de sí mismo y a la vez, mínimamente, entender al pulgoso caniche humano.

Frente al televisor Néklas viajaba y, curiosamente, a pesar del barbudo austrohúngaro y de su padre, quien a partir del suceso con Beppo se mostró siempre tan sarcástico contra él, ya no era cojo.

En sus *trips* Néklas corría, con Beppo y sin Beppo.

Jugaba al baloncesto y desandaba por una calle ancha y se paraba en algún lugar a comprar cigarros —él que nunca había fumado.

Saltaba un muro y lo bajaba con ligereza.

Reía.

En sus *trips*, Néklas, el “cojo” Néklas, el ortopédico Néklas, no era Néklas; por lo menos no el que conocemos de toda la vida...

No.

En sus *trips*, Néklas era otro.

Otro con otra otredad y ninguna cojera.

Otro que podía olvidarse de su familia y de los sucesos desagradables, los cuales siempre regresaban en forma de culpa y en forma de látigo contra la espalda del médico.

Otro que podía vivir sin pensar en esa colección horrible de tanques en medio de la sala de su casa y que ni atrapados en un estuchito blanco desaparecían de su cabeza.

Otro que no tenía que ir al hospital a tocarle las rodillas a cien gordos que lo mejor que podían hacer era morir.

No.

Frente al televisor, Néklas: fatigado, adolorido, apestoso y con una gotica de sangre en la espalda, era otro, como ya sabemos.

Otro muy otro muy otro.

Y eso era lo que le gustaba a nuestro cojo: esas singularidades que la televisión le permitía encarnar y esos restos de biografías que flotaban a su alrededor, parecidos a coágulos, y que solo él veía adentro y afuera de su cabeza.

Tal y como vio una vez aquel camión fatídico encima de él.

Un Zil por más señas.

El cual, timoneado por un idiota con la nariz muy roja, a causa del alcohol o la alergia —uno nunca sabe con esta gente—, le rompió la pierna al salirse de su ruta y obligar al hoy ortopédico Néklas a hacer un salto imposible del cual se salvaría de milagro, pero que le reventaría la pierna por tres lugares diferentes.

Este suceso, ocurrido muy poco tiempo después del “accidente” con Beppo o, para ser más claro, de la humillación con Beppo, solo le había confirmado su espiral de desgracias.

Negatividad que había comenzado precisamente con esa infame colección de tanquecitos —hoy por suerte aplastados por el color blanco y por la caja bajo la cual cada uno estaba enterrado—, y había seguido con el Zil, la convalecencia, el aburrimiento y las tres operaciones que habían logrado que no perdiera la pierna pero le habían dejado esta mierdosa cojera y un dolor que, según humedad o estrés, le daba deseos de arrancársela por completo.

Dolor que solo desapareció el día que descubrió el látigo.

Quiero decir, el día que descubrió que el látigo era mejor que cualquier calmante.

Mejor que cualquier medicina.

Pastillita.

Sauna.

Masaje.

Mejor incluso que aquellos encuentros con el puddel del tartamudo en los alrededores de la escuela.

Mejor.

Muuuucho mejor.

Y ese descubrimiento, junto a las imágenes que tiraba segundo tras segundo el globo catódico, se había convertido en la salvación del “cojo” Néklas.

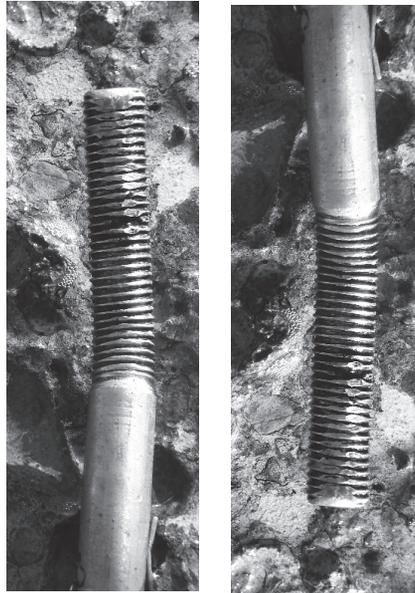
Su terapia.

Lo demás, estaba en dominar el insomnio; mezclar aquel impulso natural con la información que Néklas, Vladimiro M. Néklas, hijo del ingeniero y de *pañi* Néklas, sentía que había sido dirigida hacia él desde algún lugar donde lo conocían muy bien.

Pero esto era ya otro asunto.

Ahora: hospital, viejos, quejitas, tobillos...

La vida a veces es muy dura con un hombre que solo aspira a observar su televisor tranquilo.



Marcelo Ariel
(Santos, 1968)

Traducción: Manuel Barrós
(Lima, 1993)

Blues para Anthony Hegarty

El silencio ajardinado
HAROLDO DE CAMPOS

entre una flor ofrecida
y otra recogida:
la voz
de un ángel
torna visible
este inexprimible
amor
que es la morada
del alma:
este sol de la soledad
y su luz
en las lágrimas,
pétalos transparentes
del cuerpo de ese pájaro
cuyas alas
son el soplo
del silencio...

Salmo del retorno

*Oh Sagrado escondido
en el terreno baldío,
también estabas
en el recostarse en un sofá
para descansar la espalda
Oh Sagrado escondido
en el pisar de nuevo el suelo
al bajar de un ómnibus lleno
también estabas
en el vaso de agua sobre la barra
Oh Sagrado escondido
en el paraguas roto
en medio de la fuerte lluvia
también estabas
alrededor de mi cadáver
recostado
Oh Sagrado allí
posado
otra vez
purísimo
nuevamente
intacto.*

Del grano de los salmos

Para Dora Ferreira da Silva

La flor del altísimo
 se escondió en la luz
 de tus ojos
 que ellos en el terror
 del día
 entonen el himno silencioso
 que en la madrugada
 florezcan
 en sueños
 en tu jardín de preguntas
*Eres como el árbol
 de agua
 plantado
 en el fondo del océano
 como el árbol
 de aire
 plantado en el vórtice
 de la brisa
 como el árbol
 de fuego
 plantado
 en la piel
 del Sol
 Tú eres
 y yo soy
 como
 el silencio
 congelado
 dentro
 del árbol
 de tierra
 silencio
 que
 a su debido tiempo
 a nadie le ofrece
 su luminoso fruto*

Primera oración laica

El mundo se interioriza *en tu segundo nacimiento.*
 La Serpiente usa el cuerpo como una escala
 y sube a los cielos.
 El Ángel de Durero permanece sentado
 porque no sabe bailar.
 El Ángel de Novalis y de Klee miran
 solo hacia el lado
donde jamás estamos.
El Altísimo está en tres lugares
 porque canta
 con los Pájaros,
 La canción de Oro en el rayo de sol.
 En el sepulcro de los ricos
 las avispas cantan el nombre
 que en sí nada encierra.
 En la entrada del reino estará escrito:

*aquel que aquí entra, también yerra
 no se puede asir
 la luz en una jaula
 ni el amor
 en la tierra*

Cosmogramas – Autobiografía impersonal

(Primer movimiento)

Sus ojos
 serán siempre
 el paraíso abierto
 respirando sueños
 su rostro desaparece
 y después vuelve
 entra en el día
 como ese silencio
 escribiendo su nombre:
 sus ojos despertando
 hacia la visión de los oráculos
 cada vez más interiores
 luchando contra la aflicción
 de los espacios en blanco
 disolviéndose
 en la materia oscura
 (El trance de la tierra)
 Aquí la mayor
 concentración de ruido
 se da entorno
 a la biblioteca,
 la ciudad y el silencio
 no tiene lugar,
 como en una pieza del Club Noir
 la oscuridad es el cuerpo del silencio
 fuera de ella, muertos en sueños,
 la vida es un intervalo
 que no sabemos aprovechar,
 pensamos dentro de una conexión constante
 que se torna con el tiempo abstracta.

(Segundo movimiento)

Despertar exigirá
 una codificación
 del extrañamiento,
 el lenguaje entrará
 despacio en nuestro campo.
 Él no es como la luz
 aunque igualmente
 efímero y constante,
 como ese brote cósmico de las mañanas
 él secuestra el ser
 pidiendo como rescate
 el ausente sentido
 para un silencio
 tan antiguo.
 Siendo así
 nunca termina
 “el despertar”
 Porque la propia vida
 no contiene
 suficiente espacio para
 que tú
 despiertes.

El cielo en el fondo del mar: su nombre

recoge tu vida secreta
como la concha le devuelve al agua
nuestro silencio
y el aire: ese casi-omnisciente perro del alma
lleva la palabra hasta el árbol
que la sueña...

así nuestro canto
sordo a los obreros del ruido,
alborada sobre el polvo
de setenta y siete mil,
la esencia
vecina de la
querubínica voz
que nos convida
a olvidar
el futuro
para vivir
el comienzo,
olvidar el presente
para vivir
el instante,
olvidar el pasado
para vivir
el retorno,
a olvidar nuestro propio nombre
para ser
la *humilde totalidad*
que había antes

recoge tu vida secreta
como la concha le devuelve al agua
nuestro silencio
y el aire: ese casi-omnisciente perro del alma
que conduce la palabra hasta el árbol

que la sueña...
así nuestro canto
atravesará este futuro & oscuro
cielo en el fondo del mar
para celebrar
tu segundo nacimiento

(Escrito con Marina Ianelli)

Billie Holiday, *Strange Fruit*

Nadie imaginó
una sirena negra
en el fondo del Mississippi,
sumergiéndose en el dolor
como Sulamita
delante de los guardias,
ni la igualdad
comenzando en lo alto,
y después como toda esa sangre
evaporada,
es improbable que un poema
repare tantos estragos,
ni Eva
imaginó
encontrar
en un árbol
hecho de alas
arrancadas,
un fruto tan amargo...

O céu no fundo do mar: seu nome

recolhe a tua vida secreta/ como a concha devolve à água/ nosso silêncio/ e o ar: esse quase-onisciente cão da alma/ conduz a palavra até a árvore/ que a sonha...// - assim o nosso canto/ surdo aos obreiros do ruído,/ alvorada sobre o pó/ de setenta e sete mil,/ a essência/ vizinha da/ querubínica voz/ que nos convida/ a esquecer/ o futuro/ para viver/ o começo,/ esquecer o presente/ para viver/ o instante,/ esquecer o passado/ para viver/ o retorno,/ a esquecer nosso próprio nome/ para ser/ a *humilde totalidade*/ que havia antes// -recolhe a tua vida secreta/ como a concha devolve à água/ nosso silêncio/ e o ar: esse quase-onisciente cão da alma/ conduz a palavra até a árvore/ que a sonha...// - assim nosso canto/ atravessará este futuro & obscuro/ céu no fundo do mar/ para celebrar/ teu segundo nascimento (*Escrito com Marina Ianelli*)

Blues para Anthony Hegarty

o silêncio ajardinado // HAROLDO DE CAMPOS
entre uma flor ofertada/ e outra colhida:/ a voz/ de um anjo/ torna visível/ este inexprimível/ amor/ que é a morada/ da alma:/ este sol da solidão/ e sua luz/ nas lágrimas,/ pétalas transparentes/ do corpo desse pássaro/ cujas asas/ são o sopro/ do silêncio...

Salmo do retorno

Ó Sagrado escondido/ no terreno baldio,/ também estavas/ no encostar-se em um sofá/ para descansar as costas/ Ó Sagrado escondido/ no pisar novamente o chão/ ao descer de um ônibus lotado/ também estavas/ no copo d'água sobre o balcão/ Ó Sagrado escondido/ no guarda-chuva quebrado/ no meio da chuva forte/ também estavas/ em volta do meu cadáver/ deitado/ Ó Sagrado ali/ pousado/ outra vez/ puríssimo/ novamente/ intacto.

Do grão dos salmos

Para Dora Ferreira da Silva
A flor do altíssimo/ se escondeu na luz/ dos teus olhos/ que eles no terror/ do dia/ entoem o hino silencioso/ que na madrugada/ floresçam/ em sonho/ no teu jardim de perguntas/ *És como a árvore/ de água/ plantada/ no fundo do oceano/ como a árvore/ de ar/ plantada no vórtice/ da brisa/ como a árvore/ de fogo/ plantada/ na pele/ do Sol/ Tú és/ e eu sou/ como/ o silêncio/ congelado/ dentro/ da árvore/ de terra/ silêncio/ que/ no devido tempo/ oferece a ninguém/ seu luminoso fruto*

Primeira oração laica

O mundo se interioriza *em teu segundo nascimento.*/ A Serpente usa o corpo como uma escada e sobe aos céus./ O Anjo de Dürero permanece sentado/ porque não sabe dançar./ O Anjo de Novalis e do Klee olham só para o lado/ *onde jamais estamos.*/ *O Altíssimo está* em três lugares/ porque canta/ com os Pássaros,/ A canção do Ouro no raio de sol./ No táfalo dos ricos/ os marimbondos cantam o nome/ que em si nada

encerra./ Na entrada do reino estará escrito:// *aquele que aqui entra,/ também erra não se pode prender/ a luz em uma gaiola/ nem o amor/ na terra*

Cosmogramas – Autobiografia impessoal

(Primeiro movimento)

Seus olhos/ serão sempre/ o paraíso aberto/ respirando sonhos/ seu rosto desaparece/ e depois volta/ entra no dia/ como esse silêncio/ escrevendo seu nome:/ seus olhos despertando/ para a visão dos oráculos/ cada vez mais interiores/ lutando contra a aflição/ dos espaços em branco/ se dissolvendo/ na matéria escura/ (O transe da terra)/ Aqui a maior/ concentração de ruído/ é em volta/ da biblioteca,/ a cidade e o silêncio/ não tem vez,/ como em uma peça do Clube Noir/ a escuridão é o corpo do silêncio/ fora dela, mortos em sonho,/ a vida é um intervalo/ que não sabemos aproveitar,/ pensamos dentro de uma conexão constante/ que se torna com o tempo abstrata. (Segundo movimento)

Acordar exigirá/ uma codificação/ do estranhamento,/ a linguagem entrará/ devagar em nosso campo./ Ela não é como a luz/ embora igualmente/ efêmera e constante,/ como esse surto cósmico das manhãs/ ela sequestra o ser/ pedindo como resgate/ o ausente sentido/ para um silêncio/ tão antigo./ Sendo assim/ nunca termina/ “o acordar”/ Porque a própria vida/ não contém/ suficiente espaço para/ você/ despertar.

Billie Holiday, *strange fruit*

Ninguém imaginou/ uma sereia negra/ no fundo do Mississippi,/ mergulhando na dor/ como Sulamita/ diante dos guardas,/ nem a igualdade/ começando no alto,/ e depois como todo esse sangue/ evaporada,/ é improvável que um poema/ repare tanto estrago,/ nem Eva/ imaginou/ encontrar/ em uma árvore/ feita de asas/ arrancadas,/ um fruto tão amargo...

Alberto Garrido (Santiago de Cuba, 1965)

La fe y los condenados

Fue el año más cruel. La gentes caminaba con los ojos bajos. Las tiendas estaban desiertas. La sal había sido racionalizada. La pesca con redes fue prohibida. En los periódicos se hablaba, por aquellos tiempos, de los disturbios en Yugoslavia y las tensiones del Medio Oriente, del destino ecológico y la capa de ozono, de las caravanas de pastores y la escisión de Rusia, del proceso judicial contra un policía en los Estados Unidos por matar a un negro. José Marcos hojeó las páginas restantes: una magra crónica deportiva, una entrevista provinciana a un escritor al que llamaban El Maestro, un artículo sobre la consagración al trabajo en tiempos difíciles. Aliviado, dejó el periódico sobre la mesa. No aparecía ninguna nota acerca de los asesinatos de un turista y del joven poeta que tres niños habían encontrado días atrás en una playita rocosa.

Sudando ante el ventilador imaginó sin artificios los cuerpos destazados a puñaladas, y no pudo evitar la sensación masoquista del género humano ante el horror. No conseguía introducir en esa escena de espanto a su amigo Alejandro, el joven poeta; no podía imaginarlo muerto, desnudo, con los ojos comidos por las gaviotas y los crustáceos. Tampoco entendía la persistencia de los cuerpos, uno encima del otro, como una mala foto entre los riscos.

¿Cómo borrar ese error? ¿O siempre habría sido él quien se equivocara, quien desconocía las secretas perversiones de la condición humana? ¿Su amigo podía haber sido otro, con otras angustias y codicias?

Recordaba la hostilidad con que el oficial cortaba el aire caldeado, insultándolo con los ojos, con la voz que decía: ¿Seguro que no mientes para limpiar la imagen de tu amiguito? ¿No te parece extraño, muy extraño, que se hallaran muestras de semen en el recto de ambos occisos? Y José Marcos, sin disipar la bruma, sin creer, negaba las palabras que aún el oficial no había pronunciado y que aventuraban la posibilidad de que se tratase de un turbio asuntillo de homosexuales trasnochados.

Asqueado, José Marcos apagó el ventilador. Desde el interrogatorio su vida había cambiado. Sentíase desgastado, ensombrecido por su ignorancia, por su falta de culpa.

Salió a la calle. La mayoría de las casas tenían un aspecto desolado: paredes descascaradas, puertas sin pulir. Caminó hasta el parque y se

sentó en un banco de granito. Miraba hacia el piso, reconcentrado, sin ver cómo las hojas eran barridas por el viento. No escuchó el tañer de las campanas.

La Teología de la Liberación había pasado de moda en el continente, pero en el país aumentaba día tras día el número de acólitos. En la iglesia más antigua de cada pueblo, tras el llamado feliz de las campanas, se veía acudir como en procesión a hombres y mujeres vestidos con sus mejores ropas. Víctor de la Paz entró junto a ellos, cogió el librito de las oraciones y miró hacia el altar. Esperaba un milagro. Era la época en que todos deseaban un cambio en sus vidas. Víctor había sido un joven ateo y supersticioso, como la mayoría de los cubanos, hasta que conoció a Betsaida. Le maravillaron su piel blanquísima y sus ojos fatales y su nombre bíblico. Ella se dedicó a cambiarle su forma de andar, de comer, de hablar, de vestir y de amar. Víctor descubrió que podía prescindir del grupo de amigos, del juego de dominó y la botella, reduciendo sus actos a amar aquella alta forma de afirmación, un ángel con cuerpo de mujer. Se habían casado en esa iglesia veinte años atrás, habían tenido una sola hija, a la que llamaron Magdalena, y eran devotos y libres.

Víctor era, naturalmente, carpintero. Muchos lo buscaban en el taller. Se sorprendían de ver al hombre enorme y gris que aparecía tras los ladrillos ensangrentados, con su cara mortificada de santo. Y nadie podía imaginar que tras esos ojos que miraban al mundo con tristeza había un hombre feliz, que amaba con una forma muy semejante a la idolatría a su familia. Lo seguirían hasta el fondo del taller y se detendrían junto a su mesa de trabajo para admirar la talla en madera en la que un hombre fornido mecía amorosamente a un niño. A una niña, aclaraba siempre Víctor. Mi hija y yo.

Sabía que nadie le encontraba vida a sus figuras, esa sensación de vértigo que a él sí le producían las series de la Pinacoteca que le prestaba María, la bibliotecaria, y que él hojeaba mientras por sus ojos entraba el susto del amor, las ciudades, las góndolas, los enanos, los paisajes fabulosos, el descubrimiento de los colores profundos, la soledad, el delirio, el odio, la luz, los desnudos, y esos ángeles velando el sueño de los guerreros muertos que lo hacían sumirse en un profundo estado de éxtasis. Miraba las ilustraciones de noche, en su casa, después de ducharse. Al día siguiente descendía al mundo de los hechos reales, al infierno del aserrín, la lija y el barniz, a los muebles terminados cuyo precio eran regateados miserablemente por los dueños. Solo Betsaida animaba sus deseos de ser un artista, ante los célebres cuadros. Lo animaba sin palabras, con una taza humeante, una sonrisa.

Pero todo había terminado. Como un hecho vulgar y absurdo, como una prolongación de otras historias. Víctor escuchó el rumor que hacían

los que le rodeaban al levantarse de los bancos grasientos, y se apuró en imitarlos, en abrir el cuadernillo gastado, y en cantar el Alabemos al Señor. No sentía nada en ese momento: ni dolor, ni ira, solo la sombra, esa incertidumbre, la amenaza del cansancio. Vio algunos rostros que esperaban pacientemente la hora de hacer cumplir sus sueños, otros confiaban en que sus angustias se empequeñecieran entre tantos. Él había confiado en la bondad de los cánticos, en las evocaciones sagradas, pero la vida, pensó, era un golpe duro, una burla donde él había sido coronado.

La muerte de Betsaida, pocos meses atrás, aún era un hecho inaceptable que Víctor solo podía interpretar como una prueba de la inexistencia de Dios, o de su crueldad, y no como el ritual al que está condenada la especie. Durante el funeral, sin alzar los ojos, había escuchado las voces, reconociendo y borrando los nombres de los recién llegados, sin agradecer, buscando un sentido, un culpable, mientras evocaba escenas íntimas, excesos de amor, olores, inexplicables lluvias en el rostro y siempre, al final, el último minuto, el amanecer, la piel sin vida, el trozo gris de ataúd por donde se acercaban los zapatos lustrosos, los murmullos de compasión y los perfumes anodinos de las mujeres. Lo peor era la ausencia de Magdalena, a la que culparían de la muerte de su madre por haber huido de su casa a descubrir el mundo, alucinando en alguna habitación de hotel, bajo el cuerpo de un hombre cualquiera. Víctor escuchó lamentos y levantó los ojos. Provenían de otra sala. Alguien le dijo que ya iban a cerrar el ataúd. Se levantó penosamente y acarició el cristal. Betsaida parecía dormir. Lo invitaron a que subiera a un auto. Pocos minutos después comenzó la marcha hacia el cementerio.

A solo unos pasos, el joven poeta que meses más tarde aparecería muerto junto a un turista contemplaba con curiosidad, sentado en su moto, la lenta marcha que encabezaba el auto atiborrado de coronas. Perfilado contra un túmulo de escombros, se vio forzado a reconocer que la muerte era un suceso trivial, que el hombre inventaba mecanismos para borrar y sublimar sus aprensiones, que todo olvido es voluntario. Es la pérdida del sentido heroico lo que hace esta muerte poco importante, pensó.

Su frase estaba animada por una cábala pueril: era 7 de diciembre, un día que él vinculaba con la muerte, aún más, con la muerte de la Historia: ese día había muerto en la acción de San Pedro de Abanto, en 1896, Antonio Maceo, el mambí negro más célebre, y también, en 1989, el país había sido conmocionado, tras una marcial profusión de salvas y discursos, por el entierro de los miles de soldados caídos en África. Alejandro recordaba las escenas luctuosas, las olas multitudinarias en las calles, las madres que lloraban por segunda vez el entierro de sus hijos. Junto a José Marcos había entrado al Memorial, pasaron en silencio ante los ataúdes cubiertos por banderas y flores, se detuvieron ante las urnas

que guardaban un cráneo o los húmeros calcinados por la intemperie, la lluvia y la lejanía. Al mirarse, vieron en el otro la misma mueca, la falta de aire, el desconcierto. Cualquiera de esas fotos (todas reproducían un rostro joven, un nombre que olvidarían) podía haber sido la de Alejandro, la de José Marcos, o incluso la de Pablo, el único de ellos que había ido a la guerra, que podría sentirse héroe.

La muerte solo podía tener sentido si había alguna esperanza de eternizarse. Así le había dicho Pablo en una de esas reuniones efusivas de la adolescencia, en un descanso entre partidos callejeros de fútbol, o mientras se trampeaban con las cartas, aclamaban a Donne y a Vallejo, o cuando iban, armados con linternas y provisiones, a hundirse en las grutas para imprimir graffitis con esperma de velas. Hablar a gritos y escribir, sentados en el portal de la casa de José Marcos, cuentos sobre inspectores y bandidos, jugar al béisbol con chapas de botella, algún escape hasta los brazos de una misma muchacha de senos increíblemente grandes, eso había sido el fin de la infancia de los otros. Después habían empezado a verse menos, poseídos por distintas fiebres. Alejandro se había visto obligado a trabajar, Pablo se había ofrecido voluntariamente a pelear en África el año en que se produjeron las últimas escaramuzas y José Marcos desarrollaba un letargo enfermizo por la lectura de libros rarísimos. Solo una luz sin origen que manaba de los tres los mantenía de algún modo unidos: la sudorosa efervescencia de los relatos que cada uno escribía, el sueño pavoroso de alguna eternidad.

Pero, ¿habría eternidad?, pensó Alejandro mientras arrancaba la moto. Él, que había descendido al mundo de los cadáveres vivos, a las mujeres desnudas que roncaban borrachas luego de las horas de fornicación (las horas del amor, se dijo con cinismo), que conocía los clubes sin ventilación, las oscuras transacciones que pasaban de mano en mano, los rencores anónimos, la desteñida euforia de los barrios bajos, *sabía* que la felicidad era verdaderamente la pistola humeante de Lennon, y que el siempre mal evocado destino se construía por una serie de eventuales mezquindades y deslumbramientos.

Miró la hora: más de las doce. Tal vez Saskia, su hermana, ya había llegado a casa y preparaba el almuerzo. Atravesó una callejuela pestilente y llegó al ferrocarril. Cuando pasaba la caseta del guardavía, percibió el ruido de otra moto que se acercaba. Pero antes de que volviera el rostro le llegó a los pulmones, a la mente y al sexo un agresivo olor a jazmines, a primavera, a mujer. Y la vio, detrás de un hombre de cara borrable, innecesario en la escena: una muchacha ceñida en un vestido negro y lujoso, con los ojos azules puestos en el vacío, sin paz. Como una puta, pensó él, para defenderse de aquel resplandor, del perfume, del nacimiento de su propio deseo.

Legna Rodríguez Iglesias

(Camagüey, 1984)

Fotos y recuerdos

*Tengo una foto de ti
que beso cada noche antes de dormir.*

SELENA

Los países, los presidentes, los residentes, los nombres de los residentes, las casas de los residentes, las casas negras, las casas blancas, los capitolios, los pentágonos, los rectángulos, los cuadrados, los trapecios, los paramecios, los gusanos, las lombrices, las orugas, las flores, los tubérculos, los alimentos, los gases, los gases lacrimógenos, las lágrimas, los mocos, los orines, los flujos, las fluorescencias, los fósforos, las fauces, las fiestas, los fusiles, las guerras, los guerreros, los nombres de los guerreros, los guijarros, los guisados, las garrapatas, los cabellos, los cabestrillos, los caminos, los camastros, los comensales, los comandos, los conos, los íconos, los ídolos, los indios, los nombres de los indios, los ítamos reales, los reales, los peniques, los dólares, los pesos, las libras, los kilogramos, los quilates, los quistes, los queloides, los ovarios, los óvalos, los huevos, las gallinas, las ganancias, las pérdidas, las pértigas, los saltos con pértiga, las piernas, las pizarras, las pizzas, los tomates, los tornillos, los túneles, los taxis, las tazas, las tabaquerías, la caballerías, los caballos de fuerza, los nombres de los caballos, las yeguas de los caballos, las lluvias, los yates, las embarcaciones, las entradas, las salidas, las sales de hidratación, las sales minerales, los mineros, los nombres de los mineros, las casas de los mineros, las casas de los panaderos, los países. Todo eso, sin temor a equivocarme, está dentro de mí.

Tengo una visa múltiple para entrar a Mayami, La Gran Provincia, durante cinco años. Pero esa visa múltiple, cualquier visado múltiple, cualquier permiso, me importa un bledo. Ese permiso de mierda me hace pensar en que nadie tiene derecho a permitirme o no entrar aquí o allá. Lo único que me importa es echarme en mi camastro a ver una película que esté buena, buena, buenísima. O echarme en mi camastro a leer un libro que esté buenísimo, buenísimo. O echarme en mi camastro después de un baño frío en una tarde caliente, dormirme de lado abrazando una almohada como si la almohada fuera una persona con la que comparto

un sentimiento. Nada de eso tiene que ver con el gran imperio y sus infinitas formas de consumo. Nada de eso es verdad. Soy una ociosa múltiple enterrada en su camastro. Soy la fea durmiente, o la bella intransigente, o la enana en la ventana. Soy una mentirosa.

No conozco a mi madre y por eso no sé quién soy. No sé quién soy y por eso no sé quién puedo llegar a ser. Y por eso no sé quién fui, ni quién seré, ni siquiera si puedo ser alguien que hará algo digno de admiración algún día. Voy a Mayami sin saber qué es Mayami. En edad adolescente leí una novela titulada *América* que me conmovió por su forma de expresión, y que en resumidas cuentas no entendí bien, porque me gustan los libros pero nunca los entiendo, y eso es lo que me fascina más: la capacidad que tiene un objeto para atolondrar a un ser humano. Pero América no es Mayami y tampoco viceversa. Voy a Mayami sabiendo una sola cosa: que empieza con una M, la mismísima M de mamá mamá mamá, que todo eso es un círculo y los círculos, además de ser hermosos, sexuales y energéticos, son la mejor forma de escritura. Voy a Mayami porque tengo un gusano, fotos viejas de gente desconocida, unos cuantos libros viejos y un disco externo lleno de películas. Voy a Mayami en American Airlines, otra sintaxis de la casualidad, otro círculo. La salida de emergencia se repite cuatro veces.

En llegando, quince meses exactos después, vino a quedarse conmigo la escritora negra Soleida Ríos. Ella, quien me cuidó durante cuatro años en aquella ciudad donde vivía, estaba ahora aquí, entre mis cuatro paredes, dispuesta a dejarse cuidar, sin saber que yo no podía cuidarme a mí misma. Escritora y hechicera y más cosas insospechadas, Soleida Ríos me miró de arriba abajo y pensó que tal vez había llegado la hora de leerme el tarot, o la mano, o el pie. Leer algo donde se dijera qué sería de mí en los próximos minutos, días, meses, años. Incluso aunque yo no creyera en nada, ni en baños espirituales, ni en velas encendidas, ni en copas llenas de agua sobre alguna superficie alta, ni en amuletos, ni en símbolos. Gitana y africana, Soleida Ríos se ató las trenzas con un poco de seda blanca y se sentó frente a mí con el mazo de barajas en la mano y una copa en el centro de la mesa. Que lo *descruzara* todo, me dijo, como siempre. No se debe uno sentar con tantas cosas cruzadas. Ni piernas, ni brazos, ni manos, ni dedos, ni pensamientos. La primera baraja que saqué me sorprendió, por ser una figura en realidad religiosa, algo que nada tenía que ver conmigo.

Ha transcurrido ya un año y cuatro meses desde que llegué a Mayami con un gusano y un montón de literatura inútil y un montón de cine inútil. Estoy en la calle ahora con ese mismo gusano y ese mismo montón de libros, y además con una cama japonesa a cuestas, de la que siento

orgullo, una mesa blanca, una silla y una MacBook imperialista que escondo bajo la blusa como una antigüedad o un original de Kandinsky.

El conjunto geométrico en la acera pareciera boceto de Kandinsky, en serio, un boceto de cuando a Kandinsky no le importaba la geometría, si es que alguna vez le importó. Necesito detenerme, aunque sea en la calle, y pensar. Necesito pensar qué necesito, qué me importa. Pareciera que no necesito ni me importa nada pero todos necesitamos algo y a todos nos importa algo aunque sea una sola cosa en la vida. Las plantas necesitan energía solar y agua y con eso tienen suficiente. Nunca demasiado sol ni demasiada agua o se achicharrarían y se ahogarían. Algunas plantas incluso sobreviven a la inundación. Yo no soy una planta, ni un animal, ni una MacBook imperialista, ni siquiera soy el fantasma de Kandinsky así que no voy a seguir con ninguna mierda filosófica ni geométrica. No voy a continuar hablando de lo que me he pasado la vida leyendo porque eso es lo que menos necesito y lo que menos me importa. No voy a seguir con eso de que necesito un poco de energía positiva o un poco de agua purificada con ósmosis, carbón y microfiltración.

Pues sí, han transcurrido más de diecisiete meses desde que llegué a Mayami. Tengo que ponerme a trabajar. No, no hablo de escribir esa sopa rusa de rábanos y acelgas a la que me he acostumbrado. Si voy a escribir debo dar un punto de giro y hacerlo bien. Bien. *Requetebién*. Nada de poemas autocompasivos y mediocres, llenos de fórmulas aprehendidas con los años, llenos de esquemas literarios de mala muerte. Hasta cuándo los voy a tener a base de pan y agua. Me leen porque creen que merezco una oportunidad, y cada vez que me dan una oportunidad me salgo con la mía, la misma idiotez poética, el mismo lenguaje torpe. Incluso he accedido a las faltas ortográficas. Mientras más vieja, peor. Ponle freno a eso, me digo. Las oportunidades comenzarán a escasear. Todo empieza a escasear. Más ahora que el continente se ha llenado de una masa humana extranjera que avanza día y noche por tierra, hacia nosotros.

Poblaciones enteras desembarcan y aterrizan donde el combustible acabe. Familias exorbitantes atraviesan desiertos, fronteras, cordilleras, islas y bahías. Todos andan detrás de algo muy valioso que necesitan para vivir. Algo vital que perdieron, o nunca tuvieron, o merecieron, o les fue robado, o les fue heredado, o compraron, o canjearon, o conocen, o desconocen. Todos andan detrás de una madre, detrás de un padre o detrás de un hijo, o detrás de un marido o una esposa. Detrás del amor. La manera más práctica de encontrar el amor, tantas veces vapuleado y mal llamado odio. Todos andan detrás del odio. Detrás de la confirmación del odio. Todos sienten un rencor irremediable contra todo. Un egoísmo absoluto,

insaciable. Se trata de una avalancha. Yo no soy una planta ni un animal. Soy una egoísta insaciable que lo ha perdido todo y no lo recuperará.

Pues sí, las entrevistas de trabajo son situaciones protocolares irreversibles. Dependo de mis acciones físicas, de mi sentido común y lógico, sentidos que me faltan. Dependo de mi mirada directa, de mis nervios, de mi estado premenstrual, de mi apoteosis mental, de mi espíritu, de mis defectos, de mis virtudes. La señora frente a mí, llamada por ejemplo Señora Lipstick, tiene los labios pintados de un Revlon Rouge tornasol, casi tan horrible como el medio ambiente o como la temperatura artificial de un restaurante chino a diez dólares el bufet. Tiene unos tacones de tres por kilo y habla como una hondureña típica, pero en inglés, y yo desearía que hablara español, pero ella no habla español. Pero cómo que no habla español si es una hondureña típica. Pero ella no habla español. Pero cómo que no habla español.

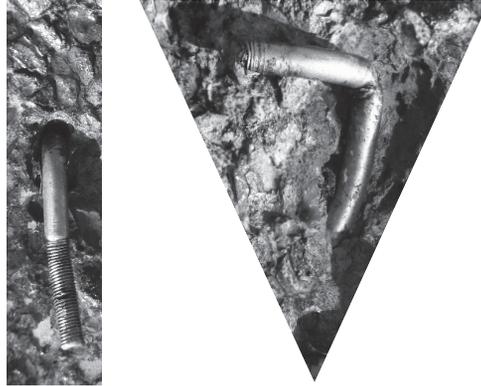
Puse el despertador para las cinco de la mañana, escribí hasta las dos unos poemas incomprensibles que alterné con un paseo por Instagram, logré salir del camastro y meterme en la bañera y echarme agua fría en el cuerpo. Con una taza de té y una llave a la altura de la bañera por donde sale agua fría y agua fría, nunca agua caliente porque hay que ahorrar electricidad y el calentador es eléctrico. Por qué hay que ahorrar electricidad. Porque hay que ahorrar, además, comida, jabón, papel sanitario, papel toalla para secar la meseta, almohadillas sanitarias, agua, ropa, zapatos, protector solar, desodorante, champú, electricidad. Con una taza de té que lleno directamente de esta llavecita loca me aseo rápido cada mañana. Llamarle baño al proceso sería una broma del mismo gusto que el atuendo de la Señora Lipstick.

Pues sí, para llegar a los pies de la Señora Lipstick en tiempo y forma, hice un recorrido rectilíneo uniforme, incluyendo paradas de varios minutos por la inclusión de personas inválidas y equivalentes. Llegué caminando a la calle Siete del noroeste, tomé el autobús hasta la avenida cuarenta, y ahí tomé otro hasta Laguna Azul. En Laguna Azul localicé el hotel. En la recepción del hotel pregunté por la Señora Lipstick. La Señora Lipstick vendrá enseguida, me contestaron. En la misma recepción me senté a esperar.

El recorrido es un safari de más de noventa minutos, un largometraje digno del mejor cine noruego, polaco, húngaro, escandinavo, alemán, danés. No hay nada que me sorprenda durante el safari por el oeste. Ni los leones, ni las jirafas, ni los rinocerontes, ni los hipopótamos, ni los elefantes muertos por la falta de aire y el calor tropical, que dejó de ser seco y es húmedo. Para los elefantes es un golpe en el cerebro. Un cambio

radical, político, extremo. Para mí es la noción de continuidad. El calor no ha cambiado para mí en Mayami. Los aires acondicionados que no había en mi país me producen más calor, un calor irónico y cínico. Una extrema acondicionada para que sienta el peso de las condiciones. Condiciones naturales, meteorológicas, pero también condiciones artificiales de una vida artificial y común.

La Señora Lipstick salió de su oficina a recibirme casi una hora después de que yo llegara. En la oficina olía a cerezas. Todo en Mayami huele a cerezas, y si no, a cerezas quemadas. El radio portátil de la Señora Lipstick estaba encendido y la emisora que se escuchaba no era de mi agrado pero me tragué la lengua. Logré incluso digerir mi lengua hasta que la señora Lipstick me preguntó si me gustaba Cristian Castro. ¿El chico del apartamento cinco doce?, pregunté yo. Ese mismo, asintió la Señora Lipstick. Solo lo he visto de espaldas, mentí, por primera vez, en Mayami.



Gelsys María García Lorenzo

(Camagüey, 1988)

Un cadáver necesario

Generales y comandantes de mi infancia
 Todos reunidos en el mismo programa de televisión
 Hablando de guerrillas, de enemigos
 Hablando para todo un pueblo
 La guerra escenificada en televisión nacional
 Una predicción de los miles de muertos que habría
 El general señalando desde la pantalla y diciéndome:
Tú misma eres el próximo cadáver necesario. Tú
 Las revoluciones se construyen con cuerpos
 y con largos monólogos de generales y comandantes
La guerra de todo el pueblo, esa metáfora grandilocuente
 Cada uno en su propia división militar
Tú, en la división 301
 Simulacros de ataques aéreos
 Generales y comandantes salidos de la nada,
Deus ex machina
 Empotrados en la televisión sempiternamente
 Haciéndonos jugar su final de partida
 Generales y comandantes que nunca fueron a la guerra
 Que no sabían nombrar un fusil
 Pero sí darle al botón de la bomba atómica
 Detonar cientos de puntos en el mapa
 Mientras por televisión se veía a la gente antes del estallido
Esos son nuestros enemigos,
 Repetía el general antes de dar la orden de bombardeo
 Y yo solo veía en la televisión pequeños puntos
 Alguna vez imaginaba a un perro
 Que miraba fijamente a la cámara y ladraba

Un perro dibujado en el suelo con tiza
Que no paraba de ladrar
Después mi madre llegaba del trabajo y apagaba la tele
Pulsaba el botón, un botón como el del general
Y se hacía el silencio
Mientras a lo lejos
las voces de los generales y comandantes se difuminaban
En los televisores de los demás vecinos
Que nunca se apagaban

Georgi Markov

No era un paraguas junto a una máquina de coser.
Era un paraguas y un hombre en un puente de disección.

Una cuestión estética

Se trata de lo que Warhol llamó la poética del desecho.
Por ejemplo, una película de Esther Williams,
con 100 chicas que se lanzan desde un trampolín.
El desecho sería la escena de la chica número 103,
la que termina fuera del casting del filme
porque se tira al agua con los ojos cerrados
y en ninguna toma consigue abrirlos y mirar.
Esa chica 103 no tiene vértigo
ni deseo de caer.
Está allí como postulado estético.
Sabe que es el desecho.
Cierra los ojos para corroborármolo.

Formas de volver a morirse

Atragantado con un hueso de pollo
 Como un personaje de Mrozek
 Vestido de amarillo
 Morirse en televisión nacional, en directo
 Por el cierre involuntario de la tráquea
 De cáncer
 De un aneurisma
 Morirse porque sí
 Con un arma ya no cargada de futuro
 Sino de futurición

Manual de impedimenta

Donde termina el mar
 todos los peces se mueren en orden alfabético.
 Como se mueren los ahogados
 comenzando por la letra C
 por el disparo que hace añicos la ijada
 por un segundo disparo directamente a la soga.
 Donde termina el mar
 ya no hay derecho al olvido:
 lo que hay allí no puede ser borrado.
 Ya no hay palabras que duelan como “impétigo”, “adiós”,
 o cualquier otro nombre de pila.
 Tampoco hay palabras terminadas en *ismo*.
 Donde termina el mar
 llega un heraldo
 y parece repetir
Sea anatema.

Monismo

Kovalev,
Goljadkin,
William Wilson,
el caballero de Gautier,
los faraones:
ilusorios socios,
remedos.

Solo el alma
y el cuerpo
son un dueto permutable.
El alma es el doble del cuerpo,
su socios,
y viceversa.

Es imposible saber
si el alma es el *doppelgänger* del cuerpo
o el cuerpo el de ella.

Allí donde se pierden los límites
entre *doppelgänger* y socios
está la muerte.

Julio Jiménez (Santiago de Cuba, 1974)

Pellejo

Uno siente que ciertas palabras son terribles para todos los demás,
salvo para nosotros mismos.

ELÍAS CANETTI

Mi vida como actor porno duró menos de una semana y comenzó un sábado por la tarde, unas semanas antes de que terminara la Guerra contra los Malvados.

Habíamos vencido en la Última Gran Batalla gracias al Lechón, el mejor superhéroe que tenía Santiago y uno de los pocos socios que me quedaban. Como tantos de su especie, llevaba una doble vida: en la pública tenía un nombre irrelevante, una abuela y una casa, y se aburría de ocho a cuatro en una biblioteca municipal. Por las noches, en su cómodo uniforme de shorts y chancletas, se convertía en mi única esperanza en las aburridas noches locales, diseñadas para turistas y otras criaturas dependientes del folclore.

Para verlo, no bastaba con ir hasta su casa. Tímido y antisocial como varios de los suyos, primero uno debía tumbarle la puerta a golpes, hasta que abriera su abuela, una especie de Robin senil y absolutamente enajenado de los problemas de este mundo, que demoraba una eternidad tratando de entender el llavín de su propia puerta. Después de saludarme, la señora, a quien no cariñosamente apodaba *The Keeper of The Seven Keys*, me señalaba con un mohín de desprecio el cuarto de su fantástico nieto, y allá iba yo, hacia el Último Reino del Placer Mezquino y la Irresponsabilidad Total.

Aún no estaban superadas todas las barreras. Podía ser que ante la ondeante cortina de flores de su cuarto, el Lechón te detuviera con un grito. Esta era una advertencia común ante sus compulsivas masturbaciones. Si te mandaba a pasar, invariablemente, lo encontrabas sentado ante su máquina, la Lechona, sosteniendo nuestra humilde porción de planeta. A un lado, un cigarro humeaba sobre una lata de refresco Tukola (había que vaciarlos menos y eran desechables), al otro, su invencible ventilador

ruso Orbita 5, renqueante y ruidoso, soplando despacio sobre la torre de la computadora, y cabos de cigarros, bolas de papel, una camisa colgada de una pata de la silla, y decenas y decenas de tubos y tubos de dvd quemados y numerados con películas, series de televisión, discos, libros, juegos y todo lo que humanamente sirviera para escapar a las inacabables estrategias diseñadas por los Malvados.

Teníamos una especie de ritual: lo saludaba, le preguntaba si tenía algo nuevo y el socio me echaba una mirada de superioridad burlona. Con un ágil movimiento de la mano y una mueca resignada, el Lechón buscaba en el disco duro la carpeta de porno y ponía a reproducir una.

Enseguida un culo enorme o un par de tetas de silicona llenaban el monitor.

—Coño —decía yo invariablemente—, ¿quién es esa?

Eso bastaba para que el socio me mirara con infinito desprecio.

—¿De verdad tú no sabes? Yo no sé para qué ves tanto porno.

Mi desmemoria lo exasperaba. Siempre se sentía obligado a nombrar productora, director, actrices y actores principales de la presente, y películas anteriores donde hubiera aparecido el pedazo de carne en cuestión. En otras, ofrecía una breve reseña crítica, en caso de que mi contumaz ignorancia no hubiera tenido el gusto. Al poco rato adelantaba un poco la película y yo me inquietaba.

—No hagas eso, compadre, déjame verla con calma.

—No te me estés calentando —decía, golpeando con el *mouse* sobre la mesa—. La copias y disparas en tu casa.

—Tú sabes que no tengo en qué llevármela.

Cerraba el reproductor de *windows* y me miraba irritado.

—Acaba de conseguirte una memoria flash y aquí no vengas más a joder.

Así habían sido todas nuestras conversaciones desde que nos conocimos en aquella fiesta de frikis, allá por los años del hambre, cuando el Chino aún vivía en Cuba y yo tenía un cassette de fábrica de Rage againts the Machine.

No viene al caso cómo lo había conseguido. Lo importante es que al no venderse en el territorio nacional, en las fiestas funcionaban como talismanes para templar. El Chino y yo nos pasamos la semana dándonos brillo en el rabo con aquello, para desinflarnos en cuanto llegamos a la fiesta y solo encontramos unos cuantos peluses aullando delante de un baffle.

El socio fue a fanfarronear con el que estaba a cargo de la música, y yo me dediqué a plantear mi táctica habitual para empatarme en lugares

públicos, que ya desde entonces consistía en situarme en un lugar visible para cualquier mujer que llegara, meter las manos en los bolsillos y mirar a todas partes con desprecio.

No le importé a nadie. Los pocos presentes se encontraban muy interesantes a sí mismos sacudiendo rítmicamente sus tupidas melenas criollas, agrestes y grasientas, deteniéndose apenas un momento para abanicarse con la mano, halarse el cuello de sus rigurosos pulóveres negros, dar una palmada de júbilo y reincorporarse a la actividad cultural.

Yo no era mejor que ellos. Con mi corta pelambre y mi intenso acné, lucía igual de inadaptado y neurótico, pero lograba reunir una estúpida superioridad por la posesión de mi cassette y un ligero dominio del inglés que me dejaba corear algunos estribillos.

Hora y pico después, mi estrategia no me había proporcionado compañía, y tenía decidido avisarle al Chino que me iba cuando un mulato gordo, en shorts y con una camiseta de Guns and Roses, vino a preguntarme si lo dejaba grabar la cinta de Rage against the Machine. Se presentó con su porcino apodo, y me explicó que dejarlo copiar me daba derecho a hacer lo mismo con lo que me interesara de su ya extensa colección. Me dijo donde vivía, le respondí que después pasaba por allá, sonrió y se fue. Me quedé otro rato, la cosa no mejoró y entré a buscar al Chino. Lo encontré en un sofá, un poco más allá de la sala, jugueteando con Las Dos Urracas.

Hace unos años, le escuché decir a alguien que en todo el ambiente del metal santiaguero no hubo una mujer bonita hasta finales de los noventa, y yo asentí recordando a las Urracas. Eran amigas, pero de ser hermanas no se habrían parecido tanto, y aunque aquel apodo había salido de sus pelos lacios y negros partidos al medio y sus narices de aquelarre, también las describía con exactitud moral. Yanelis y Yuzimí tenían una debilidad extrema por todo lo que brillara o fuera no santiaguero. Si estas características confluían en un metalero capitalino, o yuma, sus revoloteos alrededor de la víctima alcanzaban para la vergüenza ajena.

Me acerqué al Chino, él hizo por despedirse y ellas dijeron que también se iban. Habían llegado en pos de un *rocker* noruego, blondo y fornido como esos semidioses que guerreaban en las carátulas de los discos que veíamos en las revistas, y aunque la *troupe* de diabólicos tropicales no perdía las esperanzas de que apareciera, ellas temían que el nórdico se hubiera perdido, así que iban a dar una vuelta a ver si lo encontraban.

—Conocí a un tipo allá dentro —le dije al Chino, ya de camino—. Le dicen El Lechón.

—A la pinga —graznó una de las Urracas, y se apartó.

El Chino me explicó que en el ambiente, El Lechón y dos o tres de sus socios íntimos eran considerados *fakin* aristocracia. Coleccionaba discos desde chama, y poco a poco se había ido haciendo de un enorme conocimiento del asunto. La típica soledad adolescente, unida con su rencor visceral hacia todo lo humano, había hecho lo demás. Abusaba de una fama de académico que lo calificaba para botarte de su casa si hablabas en medio de una canción de Pink Floyd, y su sola opinión podía condenar a cualquier banda, nacional o extranjera, al estrellato u olvido más inmediato y definitivo. Entendí que en esencia, El Lechón era un gordo aburrido que protocolizaba demasiado el *rock and roll*, tanto como para pasarse las fiestas conversando en un cuarto donde algunos elegidos escuchaban siempre otro metal, mientras afuera los demás tratábamos de emborracharnos lo suficiente como para templarnos a las Urracas sin vomitar.

Llegamos al parque Céspedes y lo encontramos vacío, sazonado con retazos del sempiterno son tradicional que llegaba desde las arcadas del hotel Casagrande. Aun así, nuestras amigas lo sobrevolaron rápidamente y al poco rato se posaron a nuestro lado, desencantadas y aburridas. El Chino les preguntó qué les parecía si comprábamos algo de ron y nos íbamos a casa de alguna de ellas a templar y escuchar nuestro cassette. Urraca 1 se levantó de al lado de su amiga con un súbito batir de alas, se sentó del lado de allá del Chino y le cuchicheó algo. Yo y Urraca 2 no teníamos nada que decirnos.

El Chino me hizo una seña, se levantó y lo seguí.

—Dice que podemos irnos a su casa —dijo, señalando a la que había hablado con él—, pero no quiere que tú vayas.

—¿Por qué? El cassette es mío.

—No sé. Tú sabes cómo son ellas. Pregúntales.

Regresamos al banco y le pregunté a Urraca 1.

—Porque eres feo —dijo, y su amiga y El Chino sonrieron.

—Tú también —respondí—. Y el cassette es mío.

—No me importa. Tú eres más feo que yo y Rage against the Machine es una mierda.

No pensaba tener una estúpida discusión sobre estúpidos gustos metaleros con una gótica estúpida en aquel estúpido parque de nuestra estúpida ciudad, así que nos quedamos otro rato por allí, sin saber qué hacer, guardando un estúpido silencio. Al cabo me despedí. El Chino me

pidió el cassette prestado y me negué. Ya cuando salía del parque miré atrás. Él y las dos Urracas lo abandonaban por la esquina contraria.

A los pocos días fui a casa del Lechón. Era en Santa Bárbara, un barrio de clase media que había subido de nivel mediante el alquiler para extranjeros. Unos metros antes de llegar a su casa ya se escuchaba el metal, y debí tocar un buen rato antes de que me abrieran.

Me atendió un tipo en completo uniforme de metalero, es decir, de arriba hacia abajo: greñas recogidas precariamente con una felpita, un pulóver de Metallica bastante viejo y sudado, algún abalorio ligeramente religioso, un jean viejo y botas cañeras.

Pasé a la sala. El mobiliario demostraba que al Lechón no le iba tan bien como a sus vecinos. Un sofá, dos sillas en juego y una mesita en el centro, todos de madera, viejos y despulidos. El dueño estaba en el sofá, en shorts y sin camisa, extático y patiabierdo, siguiendo la música con lentos movimientos de su gran cabeza porcina. Enseguida me reconoció, se paró y me hizo una seña de que lo siguiera a su cuarto. Un muro bajo separaba la sala de otra habitación. En esa había un televisor, encendido y sin volumen. Enfrente se sentaba una señora mayor. La saludé, no me respondió, y entré al cuarto.

El Lechón abrió un armario y sacó una caja de zapatos llena de cassettes. La vació sobre la cama y se sentó. Enseguida vi uno de Flotsam and Jetsam que me interesaba, y otro de Slayer.

Estaba decidiéndome y miré a la puerta del armario, que no había cerrado completamente. Por el espacio abierto podían adivinarse unos lomos de VHS, sin cajas y polvorientos, y me di cuenta de que eran pellejos. Así le decíamos a las pornos todos los fanáticos. Los otros, los vejetes hipócritas y moralistas, las llamaban “de relajo” o cualquier otra tontería. Yo era ya un especialista en identificarlos. Podía entrar a una casa y saber de un vistazo si el dueño los consumía, y dónde los guardaba. Llevaba años descubriéndolos dentro de un jarrón apartado, encima de un armario polvoriento o en el fondo de una gaveta, detrás de libros de medicina o de ingeniería, sin indicaciones o disimulados tras títulos desconcertantes como *Venganza Criminal* o *Aumente sus bíceps en quince días*.

—¿Eso es pellejo?

El Lechón los miró, sonrió con resignación y asintió. Nunca más hablamos de Rage against the Machine.

Índice general de la revista *La Noria* (n.ºs 0-15)*

- ABU KABIR, Usama, Imad Abdullah Hassan y Daddiq Turkestani: [Textos]. Trad. y nota Julio Ortega. 7, 2014: 2-4.
- AGUILAR BAUTISTA, Virginia: [Textos]. 9, 2015: 51.
- AGUILERA, Carlos A.: “Lamborghini y el cadáver de Perón”. 11, 2016: 23-26.
 _____: “Mil cabezas de conejos”. 12, 2017: 12-20.
- ALCALÁ, Rosa: [Textos]. Trad. Israel Domínguez. 5, 2012: 40-42.
- ALFONSO, Carlos Augusto: [Textos]. 3, 2011: 37-38.
- AMMONS, A. R.: “Basura”. Trad. Urayoán Noel. 6, 2013: 14-19.
- ARMAND, Octavio: “Abanicos”. 1, 2010: 2-6.
- ATENCIO, Caridad: [Textos]. 0, 2009: 4-5.
- BÁEZ, Frank: [Textos]. 10, 2016: 37-38.
- BÁEZ, Leandro: “Rex: La Auditoría”. 3, 2011: 49-50.
- BALESTRINI, Nanni: [Textos]. Trad. Javier L. Mora. 11, 2016: 11-22.
- BERNSTEIN, Charles: [Textos]. Trad. Omar Pérez. 10, 2016: 15-17.
 _____: “Una prueba de poesía”. Trad. Ernesto Livon-Grosman. 8, 2015: 2-5.
- BOLLÉ, Gregoria: [Textos]. 1, 2010: 39-40.
- BONNEFOY, Yves: [Textos]. Trad. Jesús David Curbelo. 3, 2011: 27-32.
- BORGES, Margarita: “El experimento”. 4, 2012: 35-44.
- BORZUTZKY, Daniel: “Lago Michigan, Escena #1515”. Trad. Valerie Mejer Caso y Josefa González Altamirano. 10, 2016: 22-28.
 _____: [Textos]. Trad. de Omar Pérez y Galo Ghigliotti. 2, 2010: 49-60.
- BOTI, Regino: [Cartas]. 0, 2009: 38-44.
- BOURDA, Didier: “Una vez Jacques Dupin”. Trad. Oscar Cruz. 10, 2016: 39-42.
- CASCANTE, Gabriel: “Rigor”. 9, 2015: 41-50.
- CHEJFEC, Sergio: “Lo que viene después”. 9, 2015: 22-27.
- CHILDISH, Billy: [Textos]. Trad. y nota Jonathan Curry-Machado. 4, 2012: 10-17.
- COELHO, Oliverio: “El traidor”. 6, 2013: 53-56.
- CORTIÑAS, Gabriel: [Textos]. 12, 2017: 6-9.
- CRUZ, Oscar: “La mirada obscena”. Intr. a “El pequeño” de Georges Bataille; trad. y notas O. Cruz. 2, 2010: 2-15.
 _____: [Textos]. 1, 2010: 12-13.
 _____: [Textos]. 3, 2011: 13-15.
 _____: [Textos]. 4, 2012: 30-31.
 _____: [Textos]. 5, 2012: 52-54.
 _____: [Textos]. 6, 2013: 37-38.
 _____: [Textos]. 7, 2014: 23-26.
 _____: [Textos]. 9, 2015: 28-30.
 _____: [Textos]. 12, 2017: 2-5.
- CURBELO, Jesús David: “Apuntes a una traducción cubana de los *Sonetos lujuriosos* de Pietro Aretino”. Intr. a “Sonetos lujuriosos”; trad. y notas J.D. Curbelo. 1, 2010: 19-27.
- DE CUBA SORIA, Pablo: “Entre Nos y Poema, “todas esas máquinas””. 14, 2018: 60-64.
 _____: [Textos]. 7, 2014: 9-10.

- DE LA CAMPA, Román: “Teoría, literatura y la tutela del error”. 8, 2015: 27-34.
- DEL RISCO, Enrique: “Semana negra”. 12, 2017: 57-63.
- DÍAZ DE VILLEGAS, Néstor: “Sabbat Gigante (Libro segundo: Saigón)”. 12, 2017: 25-35.
- DÍAZ MANTILLA, Daniel: “Cállate ya, muchacho”. 2, 2010: 26-27.
 _____: [Textos]. 6, 2013: 22-23.
- DÍAZ SOLAR, Francisco: “William Carlos Williams: el arte de ver las cosas”. Intr. a [Textos] de William Carlos Williams; trad. F.D. Solar. 0, 2009: 32-35.
- DÍAZ SOSA, Marcos A.: “Watched area”. 5, 2012: 43-51.
- DOMINGO AGÜERO, Laura: “El juego de las estrellas”. 12, 2017: 51-56.
- DORTA, Walfrido: “Materia pobre para la intensidad: Diáspora(s) en el Periodo Especial”. 11, 2016: 46-50.
 _____: “Señales frías: sobre algunas escrituras desnaturalizadas”. 7, 2014: 56-60.
- DOVE, Rita: “Perejil”. Trad. Katerina González Seligmann. 14, 2018: 50-52.
- ECHEVARRÍA, Ahmel: “Días de entrenamiento”. 1, 2010: 29-34.
 _____: “El cañón en la boca”. 5, 2012: 16-24.
 _____: “El mapa del cuerpo”. 3, 2011: 33-36.
 _____: [Textos]. 7, 2014: 19-22.
- ESPINO, Ahmed: [Textos]. 12, 2017: 36-40.
- ESPITALIER, Jean-Michel: “En guerra”. Trad. Oscar Cruz. 13, 2017:43-45.
- FANTUZZI, Matteo: [Textos]. Trad. y nota Javier L. Mora. 5, 2012: 25-30.
- FERNÁNDEZ FE, Gerardo: “Una belleza siniestra y fría”. 8, 2015: 40-46.
- FERNÁNDEZ LARREA, Abel: “El mar de los lamentos”. 6, 2013: 29-33.
 _____: “Por el camino de Sión”. 13, 2017: 33-42.
- FLORES, Juan Carlos: [Textos]. 3, 2011: 4-5.
- FLORES IRIARTE, Raúl: “Acude a la silla eléctrica”. 6, 2013: 24-25.
 _____: “Nazi”. 0, 2009: 18-19.
- GAMBAROTTA, Martín: “Vladimir Pussy (Versión 1)”. 9, 2015: 14-15.
- GANDER, Forrest: [Textos]. Trad. Mariana Rodríguez. 15, 2018: 25-26.
- GARCÍA BLANCO, Reynaldo: “Un caníbal anda suelto”. 0, 2009: 36-37.
- GARCÍA LORENZO, Gelsys: “Paralingüística”. 4, 2012: 28-29.
- GARCÍA ZAMORA, Sergio: [Textos]. 6, 2013: 20-21.
- GARRIDO, Alberto: “Corazón de perro”. 9, 2015: 2-11.
- GÓMEZ, Nadia: [Textos]. 13, 2017: 60-68.
- GONZÁLEZ, Larry J.: “Lectores de Villa Manuela y otras villas vecinas”. 14, 2018: 53-56.
- GONZÁLEZ CASTAÑER, Ismael: [Textos]. 11, 2016: 34-38.
- GUDDING, Gabriel: [Textos]. Trad. Abel Fernández Larrea. 7, 2014: 11-18.
- HÄSLER, Rodolfo: “Diario de la urraca (Cuaderno paulista)”. 9, 2015: 58-59.
- HERNÁNDEZ CADENAS, Martha Luisa: “Él no era James Franco”. 15, 2018: 13-16.
- HERRERA CARPIO, Liuvan: [Textos]. 4, 2012: 33-34.
- HONDAL, Ramón: “La Casa Haneke”. 8, 2015: 35-39.
- IBÁÑEZ, José Ángel: [Textos]. 2, 2010: 16-17.
 _____: [Textos]. 4, 2012: 2-3.
- IGLESIAS ALBERNI, Sobidelia: [Textos]. 0, 2009: 9-10.
- JAWAD, Emmanuèle: [Textos]. Trad. Oscar Cruz. 14, 2018: 57-59.

- JIMÉNEZ, Julio: "Milf". 14, 2018: 2-9.
- JURADO NAÓN, Emilio: "El puente". 14, 2018: 39-47.
- KESSELMAN, Violeta: "A". 14, 2018: 36-38.
- KINSELLA, John: [Textos]. Trad. Katherine Hedeem y Víctor Rodríguez Núñez. 5, 2012: 2-6.
- KOZER, José: "Exilio y buganvilia". 1, 2010: 35-38.
 _____: "JK, 75 años, cumplía 26". 9, 2015: 38-40.
 _____: [Textos]. 0, 2009: 15-17.
- LAGE, Jorge Enrique: "Hall of Fame". 7, 2014: 27-34.
 _____: "Lost in translation". 4, 2012: 54-60.
 _____: [Textos]. 1, 2010: 7-11.
 _____: [Textos]. 6, 2013: 2-13.
 _____: [Textos]. 9, 2015: 31-37.
- LAZER, Hank: "La visión de la forma en la página". Trad. Mayra López. 6, 2013: 44-52.
 _____: [Textos]. Trad. Omar Pérez. 10, 2016: 18-21.
- LEÓN, Denise: "El hogar, el pan y los poemas". 5, 2012: 55-60.
- LIZASO/BOTI/MAÑACH: "Cinco cartas inéditas". 1, 2010: 41-44.
- LÓPEZ-ALIAGA, Luis: "Dos narradores chilenos". Intr. a "Rinconada" de Esteban Catalán y "Caza de conejos" de Constanza Gutiérrez. 15, 2018: 33-43.
- LOTUFO, Marcelo: "Tres poetas brasileños". Selección e intr. a [Textos] de Fabiano Calixto, Adelaide Ivánova y Tarso de Melo; trad. Carolina Tobar. 13, 2017: 2-14.
- MACKEY, Nathaniel: "Étude Que Termina En "Pronto Venir" Recomenzado". Trad. Omar Pérez. 10, 2016: 7-10.
- MANSFARROL PORTES, Mayelín: [Textos]. 0, 2009: 2-3.
- MANSUR, Nara: [Textos]. 2, 2010: 24-25.
- MARQUÉS DE ARMAS, Pedro: "La vida trunca del Coronel Felino". 11, 2016: 30-33.
 _____: [Textos]. 4, 2012: 18-19.
- MARIMÓN, Javier: [Textos]. 12, 2017: 10-11.
- MARTÍNEZ BRAVO, Víctor Hugo: "Violencia, tortura y castigo: Apuntes sobre *Teoría del alma china*". 10, 2016: 51-64.
- MAYÁN, Moisés: [Textos]. 5, 2102: 31.
- MEDINA RÍOS, Jamila: "Hungulación y bondades de la anémona". 4, 2012: 51-53.
 _____: [Textos]. 6, 2013: 34-36.
 _____: [Textos]. 11, 2016: 53-55.
- MENÉNDEZ, Ronaldo: "*Studebaker*". 8, 2015: 18-22.
- MILANÉS, Modesto: "*Pequeñas criaturas* o la condición humana". 2, 2010: 47-48.
- MIRANDA, Michael H.: "Birds are México". 15, 2018: 27-32.
- MOLINA, Alessandra: [Textos]. 6, 2013: 39-43.
- MOLINA, Radamés: [Textos]. 11, 2016: 29.
- MÓNICA, Lizabel: "La Generación 0". 3, 2011: 2-3.
 _____: "Tiempos de lectura: acercamiento a la novela *Museo de la Revolución*". 13, 2017: 46-54.
 _____: "Tim sin Tina". 5, 2012: 32-36.
- MONTALBÁN QUINTANA, Eduardo: "D. H. Lawrence y la marea del tiempo". Intr. a [Textos] de D.H. Lawrence; trad. E. Montalbán. 0, 2009: 29-31.

- MOON, Alba: [Textos]. 12, 2017: 47-50.
- MORA, Javier L.: "Montale: el ejercicio interior en la poesía". Intr. a [Textos] de Eugenio Montale; trad. y notas J.L. Mora. 2, 2010: 28-34.
 _____: "Teoría económica del objeto". 7, 2014: 35-39.
 _____: [Textos]. 3, 2011: 46-48.
- MORA, Vicente Luis: "La crítica o el gato de Schrödinger". 9, 2015: 66-68.
 _____: [Textos]. 4, 2012: 49-50.
- MORALES, Marcelo: [Textos]. 5, 2012: 11-12.
 _____: [Textos]. 9, 2015: 12-13.
- MORALES, Osdany: "Chejfec: un camino". [Entrevista con Sergio Chejfec]. 9, 2015: 16-21.
 _____: "Common Daisy". 13, 2017: 15-30.
 _____: "Declaración de amor eterno a Jim Jarmusch". 3, 2011: 6-12.
 _____: "Las playas albinas". 8, 2015: 6-11.
- MOREJÓN ARNAIZ, Idalia: "Repatriada sin parar hasta las seis de la mañana". 15, 2018: 20-24.
- MOTT, Glenn: [Textos]. Trad. Omar Pérez. 10, 2016: 13-14.
- NOEL, Urayoán: [Textos]. 3, 2011: 43-45.
- NOVAK, Dazra: "El club". 5, 2012: 7-10.
- ODUARDO GUERRA, Osmany: "Margaret Atwood: Diosa Madre de las letras canadienses". Intr. a [Textos] de Margaret Atwood; trad. O. Oduardo. 1, 2010: 14-18.
- ORTEGA, Julio: "El operativo poético de José-Miguel Ullán". 4, 2012: 20-27.
- PALOMEQUE, Azahara: "Gentilicios del Humo". 13, 2017: 55-59.
- PÉREZ, Ángel: "*Head injury*. Cómo y por qué leer a Legna Rodríguez Iglesias". 11, 2016: 56-60.
- PÉREZ, Ricardo Alberto: "Arácnidos". 2, 2010: 18-23.
 _____: "El miedo". 11, 2016: 27-28.
- PÉREZ, Ángel y José Ángel Pérez: "Vernación circinada de la fronda". 15, 2018: 47-59.
- PÉREZ CAÑAMARES, Ana: [Textos]. 10, 2016: 43-44.
- POLONY, Natacha: "Los que intentan la religión deberían pensar en la poesía". [Entrevista con Yves Bonnefoy]. Trad. Jorge Miralles. 3, 2011: 23-27.
- PORTUONDO, Gizeh: "Raros entretenimientos". 2, 2010: 35-38.
- PRICE, Rachel L.: "Pozo inagotable, Autopista infinita". 7, 2014: 40-47.
- RÍOS, Soleida: "Agujeros". 10, 2016: 48-50.
 _____: "Cabo Rouge/Kabiosile". 4, 2012: 45-47.
- RIQUENES, Yunier: "Algo mejor que el silencio. Conversación con Liliana Heker". 0, 2009: 24-28.
- RODRÍGUEZ, Reina María: "El techo". 8, 2015: 47-48.
 _____: "Nostalgia". 3, 2011: 51-60.
- RODRÍGUEZ IGLESIAS, Legna: "Lee matiné". 3, 2011: 39-42.
 _____: "Mi novia preferida fue un bulldog francés: respondía a mis regaños orinándose". 11, 2016: 2-10.
 _____: "Se repite". 7, 2014: 48-55.
 _____: [Textos]. 0, 2009: 21-23.
 _____: [Textos]. 5, 2012: 13-15.

- _____ : [Textos]. 9, 2015: 60-65.
 _____ : [Textos]. 14, 2018: 48-49.
 ROJAS, Rafael: “Bancroft, Motley, Martí y la historiografía del Renacimiento americano”. 10, 2016: 29-36.
 SÁNCHEZ, José Ramón: “El árbol nacional”. 3, 2011: 21-22.
 _____ : “El derrumbe”. 2, 2010: 39-46.
 _____ : “La cita”. 1, 2010: 28.
 _____ : “Secret//Noform//20330602”. 9, 2015: 52-57.
 _____ : [Textos]. 0, 2009: 6-8.
 _____ : [Textos]. 5, 2012: 37-39.
 _____ : [Textos]. 6, 2013: 27-28.
 _____ : [Textos]. 7, 2014: 61-64.
 _____ : [Textos]. 8, 2015: 23-26.
 _____ : [Textos]. 10, 2016: 45-47.
 _____ : [Textos]. 11, 2016: 51-52.
 _____ : [Textos]. 12, 2017: 21-24.
 _____ : [Textos]. 13, 2017: 31-32.
 _____ : [Textos]. 14, 2018: 23-24.
 SÁNCHEZ, Yansy: [Textos]. 4, 2012: 32.
 SÁNCHEZ MEJÍAS, Rolando: “Dulce araña de tus sueños”. 4, 2012: 4-9.
 SANGUINETI, Edoardo: “T. A. T.”. Trad. Javier L. Mora. 8, 2015: 12-17.
 _____ : “Una polémica en prosa”. Trad. Javier L. Mora. 15, 2018: 60-68.
 SANTANA, Sandra: [Textos]. 6, 2013: 26.
 SAUNDERS, Rogelio: “*The king and the beggar*”. 11, 2016: 39-41.
 SCHULTZ, Susan: [Textos]. Trad. Omar Pérez. 10, 2016: 11-12.
 SELIGMANN, Katerina: [Textos]. 4, 2012: 48.
 SILVA BARANDICA, Juan Manuel: “Tres poetas chilenas hoy”. Selección e intr. a [Textos] de Luz María Astudillo Ugalde, Natalia Figueroa y Yeny Díaz Wentén. 14, 2018: 10-22.
 SMITH, Frank: “Guantánamo”. Trad. y notas Oscar Cruz. 8, 2015: 49-60.
 STIGGER, Verónica: “2035”. Trad. Gonzalo Aguiar. 15, 2018: 2-12.
 SUQUET, Mirta: “Rolando Sánchez Mejías, contemporáneo”. 11, 2016: 42-45.
 TIMMER, Nanne: [Textos]. 14, 2018: 25-29.
 VARGAS, Nicolás: “Capilla”. Trad. Oscar Cruz. 15, 2018: 44-46.
 VERDECIA TORRES, Julio: “En el Laberinto de la Esfinge”. 0, 2009: 11-14.
 VILLAVERDE, Fernando: “Las Noches Apacibles”. 12, 2017: 41-46.
 _____ : “Parece que ya no va a llover más”. 15, 2018: 17-19.
 WAPNARSKY, Bárbara: “Armonía”. 14, 2018: 30-35.
 WHITFIELD, Esther: “Encierro y traducción: poetas presos en la base naval de Guantánamo”. 7, 2014: 5-8.
 WRIGHT, C. D.: “De Una con Otros (fragmentos)”. Trad. Katherine M. Hedeem y Víctor Rodríguez Núñez. 10, 2016: 2-6.
 YERAS, Roberto D. M.: “Sudario”. 3, 2011: 16-20.

* Este índice general de la revista *La Noria* fue preparado por Javier L. Mora (Bayamo, 1983).

1. Máquina compuesta de
dos grandes ruedas
engranadas que

mediante cangilones
sube el agua de los
pozos y acequias.

2. Pozo de forma
comúnmente
ovalada

del cual se saca
agua con la
máquina.

3. Artilugio de feria
consistente en una
gran rueda

con asientos que
se desplazan
verticalmente.



ISSN 2077-8422